JEAN AICARD

AUGUSTO ABRIL

Papá Lebonnard

COMEDIA DRAMÁTICA

Copyright, by Augusto Abril 1915.

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1915

JEAN AICARD

AUGUSTO ABRIL

Papá Lebonnard

COMEDIA DRAMÁTICA

A mi querido amigo y compañero Julio Abril, recuerdo de Francisco Morales 916

Copyright, by Augusto Abril 1915.

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1915

721545

Esta obra es propiedad de su arreglador.

Los representantes de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Papá Lebonnard

Comedia dramática, original de **Jean Aicard**, adaptada en tres actos y un epílogo, en prosa, por **Augusto Abril.**

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA, la noche de 27 de Marzo de 1908.

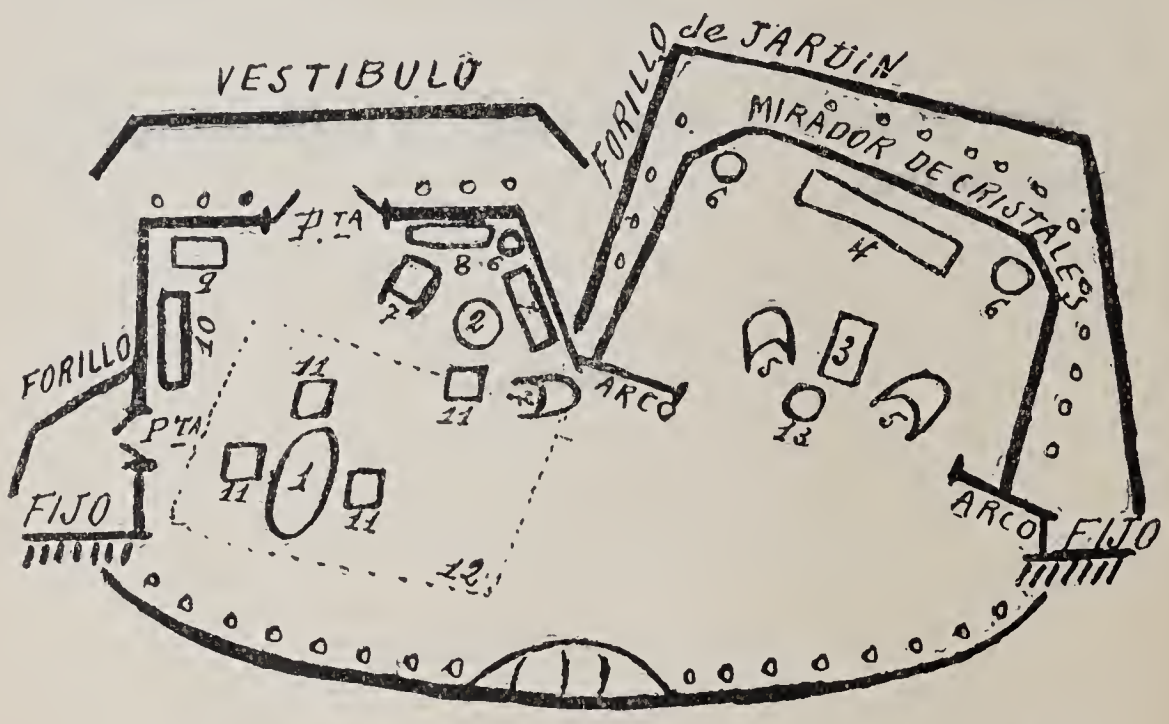
Reestrenada, en el mismo Teatro, la noche del 12 de Septiembre de 1915.

HERNANDEZ Y GARCIA.- Pelayo, 56 dup.- MADRID

PERSONAJES	ACTORES	
	ESTRENO	REESTRENO
LEBONNARD	Francisco Morano.	Francisco Morano.
JUANA LEBONNARD	Josefina Cobeña.	Amparo F. Villegas.
SEÑORA LEBONNARD	Dolores Soriano.	María Santoncha.
BLANCA D'ESTREY	María L. Ahijón.	Juana Gil Andrés.
MARTA	Josefina Alvarez.	Elena Rodríguez.
EL DOCTOR ANDRÉS	Francisco Comes.	Juan Aguado.
ROBERTO LEBONNARD	Benito Cobeña.	Rafael Rivelles.
EL MARQUÉS D'ESTREY	Leovigildo R. Tatay.	Víctor Pastor.
JHON (CRIADO)	Carlos Dressel.	Eduardo Jiménez.

La acción es contemporánea, y se desarrolla en Francia; en una capital de provincia.

Plano de la decoración



o] Supletorios de luz.
1 Mesita ovalada.
2 Velador, elegante, con un reloj encima.
3 Mesita cuadrada, con enseres de relojeria.
4 Sofá de mimbre.
5 Butacas de mimbre.
6 Tiestos con plantas.
7 Butacas de tapicería y sofá.
8 Mueblecito con dos relojes.
9 Reloj de caja.
10 Secreter.
11 Sillas volantes doradas.
12 Alfombrín.
13 Escupidera.

ACTO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado conforme a los detalles del plano. No obstante la riqueza, preside el mal gusto, visible en el amontonamiento de muebles y objetos, y en la calidad de los mismos.

ESCENA PRIMERA

LEBONNARD y JUANA. Lebonnard con blusa larga de trabajo sentado a la mesita del centro del mirador con una lente de relojero sujeta en el ojo derecho y valiéndose de un martillito, trabaja en una máquina de reloj.

JUA. Por la derecha ¿Pero papá, todavía estás trabajando?

LEBO Sí; hija mía, ya lo ves. Estas herramientas me atraen. A ellas debo lo que soy; cuanto tengo. Ellas me han hecho conseguir una fortuna y un nombre; riquezas que he amontonado día tras día pensando en tí y en tu dote.

JUA. Bondadosamente Eres el mejor de los padres. Pero descansa. Ya sabes que a mamá no le gusta que trabajes y menos en día de fiesta. Además dice, que convertir el salón en taller es impropio... Si te vé...

LEBO. ¡Bah! Estoy muy hecho a sus cosas y me importan poco. Lo principal es que tú te encuentras buena. ¡Cuando recuerdo que hace pocos

días te creímos muerta! Se enjuga unas lágrimas con el pañuelo mirándola extasiado. ¡Qué horas de angustia! Tu enfermedad me ha cambiado por completo. Este corazón que ha sufrido torturas indecibles viéndote padecer, se ha templado en el sufrimiento y podrá soportar cuanto sobrevenga.

JUA. Dejemos esta conversación.

LEBO. Dices bien; hablemos de otra cosa. Oye, ¿insiste tu madre en la boda de Roberto con la hija del Marqués d'Estrey... ¡La hija de un Marqués! ¡ahí es nada! ¡Nobleza de sangre! ¡Antigua nobleza de Francia y dinero por añadidura. Bien es verdad que en esto último no tenemos que envidiarlos! ¡Nuestro dinero vale mucho más, porque me ha costado el trabajo de ganarlo con el sudor de mi frente! Frotándose las manos muy complacido.

JUA. ¿Pero qué te sucede hoy, que estás tan hablador y tan contento?

LEBO. Que me sobran motivos para estarlo. Te veo completamente restablecida y además...

JUA. Además, ¿qué?...

LEBO. Me encuentro con fuerzas para luchar.

JUA. Sorprendida. ¿Luchar?

LEBO. Luchar, bien he dicho. Sólo me falta saber expresarme; conseguir que me entiendan y lo conseguiré porque se acabaron las timideces. Ya está resuelto; tú verás como me comprende todo el mundo.

JUA. Abrazándole. Yo te comprendo y te adoro.

LEBO. Contemplándola. Tú, sí; ¡ah! si yo tuviera tu entereza de carácter, tu grandeza de alma. ¿De quién la has heredado?

JUA. De tí.

LEBO. No. Yo soy bueno; pero tú lo eres más. Yo soy como un pedazo de oro en bruto, en cambio tú eres el mismo metal primorosamente cincelado. Muy satisfecho. Eso es, mira como me voy expresando.

JUA. Y te quejabas.

LEBO. Es que cuando uno se figura que lo que hace o dice puede servir a los demás de distracción, se encuentra cohibido; en cambio estando a sus anchas, rodeado de afectos sinceros, es muy distinto. Ya ves; ya ves como contigo hablo sin cuidado alguno; con expansión, con alegría...

ESCENA II

Dichos y MARTA, por la puerta del foro.

MART. ¿La señorita no ha oido que la señora la está llamando hace rato?

JUA. No... Voy corriendo. Váse foro.

LEBO. La mira extasiado hasta que desaparece. Después se acerca a la puerta por donde ha hecho mutis y continúa siguiéndola con la vista. Luego abandona la puerta mostrándose emocionado.

Es una criatura ideal. ¡Un ángel!

MART. Es verdad. No hay dos como ella.

LEBO. Señalando un papel que Marta trae en la mano,

¿Qué traes ahí? A ver.

MART. La lista de comidas para esta semana, que ha dispuesto la señora. Me ha encargado que no la enseñe a nadie.

LEBO. ¿A nadie? Vamos, ese nadie debo ser yo, pero esta vez se equivoca. Trae.

MART. Mire que....

LEBO. Trae, he dicho, si no quieres que me incomode.

MART. ¿Incomodarse usted? ¡Ya es difícil!

LEBO. Pues si te empeñas en no obedecerme, verás qué fácil resulta.

MART. Sonriendo. Me va a costar un regaño de la señora.

LEBO. Con ingenuidad. Ahora no nos vé. Trae.

MART. Tome usted. No sabe una quien manda aquí.

LEBO. Por mi parte no pretendo mandar en lo que

a mí toca, pero tratándose de Juana ya es distinto. Transición. Vamos á ver lo que ha dispuesto *la señora,* Leyendo. «Pirosqui koulak Quenefes. Me lo figuraba. Leyendo. «kluski! ¿Te parece que hay derecho para hacerle á uno comer «klusky?

MART. Yo no sé. . .

LEBO. Ni yo tampoco. Y quiero saberlo. Esta serie de platos raros, serán de mucho efecto en esos banquetes de relumbrón, pero no en la mesa de un relojero acostumbrado a llamar al pan, pan, y al vino, vino. Y sobre todo, mi hija ha estado enferma y necesita una alimentación sana; cosas buenas, en vez de jeroglíficos indescifrables.

MART. Pues usted verá.

LEBO. Lo que yo quiero ver, son pedazos de carne asada, sin perifollos ni salsas indigestas.

MART. ¿Pero yo que voy a hacer si me mandan?

LEBO. En eso tienes razón. Yo te ayudaré. Repito que Juana está convaleciente. . .

MART. Maliciosa. Convaleciente. . . convaleciente. . . sí que lo está y lo que usted dice es muy justo; pero a mí no me la dá ella. Lo que tiene ahora ya no es mal ninguno, a Dios gracias. La enfermedad se fué y quedó el médico; ahí le duele.

LEBO. Imponiéndola silencio. ¡Chits! ¡Baja la voz! ¿Crees tú. . .

MART. Claro; y creo también que debe usted hablar de ese negocio con la señora.

LEBO. ¡Menudo escándalo armaría!

MART. Arma usted otro mayor.

LEBO. Inútil ¡ah! si yo tuviera un arranque de valor... ¿Por qué no me ayudas tú?

MART. Buen refuerzo. Treinta años llevo en la casa, que se dicen pronto y me trata peor que al último criado.

LEBO. ¡Chits! Más bajo, que nos van a pegar a los dos.

MART. Como yo estuviera en su pellejo de usted, de otra manera andarían las cosas.

LEBO. Y andarán, no te quepa duda, cuando suene la hora; cuando. . .

MART. Siempre sale usted con lo mismo y esa dichosa hora nunca suena.

LEBO. Sonará, cuando sea preciso defender a Juana, ¿entiendes?

MART. Sí, y no.

LEBO. Te lo explicaré más claro. Mi mujer pretende dar a Juana un marido aristócrata, ¿qué te parece?

MART. A mí mal. ¿y a usted que le parece?

LEBO. Que yo casaré a mi hija con el hombre a quien ame y pese a quien pese. ¡Ya sabrán quién soy yo!

SRA. LEB. Dentro ¿Marta!

LEBO. Azorado ¡Ella! ¡Silencio!

MART. No me diga usted más. Ya le veo a usted «dispuesto a todo». Sonriéndose.

ESCENA III

Dichos y SRA. LEBONNARD, por la puerta foro izquierda.

SRA. LEB. ¿Qué hace usted aquí á Lebonnard ¿Y tú? á Marta ¿Qué quiere decir esa sonrisa?

MART. Señora. . .

SRA. LEB. No me conteste usted. ¡siempre cuchicheando! ¡Siempre reunidos en misteriosas conferencias! ¡Ya estoy harta de tolerar semejantes faltas de respeto! á Lebonnard Por supuesto que tú tienes la culpa, por familiarizarte con los criados! ¡Eh! qué facha, con esa blusa. á Marta Y en cuanto a usted como esto continúe concluiré por despedirla.

LEBO. Eso no.

SRA. LEB. Basta. á Marta Ya ha oido usted. Puede retirarse.

PAUSA. Váse Marta por la puerta foro izquierda. Al salir se encuentra con JHON que viste aparatosa librea roja con galones

de oro, a quien deja paso. El lacayo trae un servicio de te que deja sobre la mesa y váse. Lebonnard le mira indignado.

ESCENA IV

LEBONNARD — Sra. LEBONNARD

LEBO. Te suplico que vuelvas sobre tu acuerdo y no despidas a Marta. Has de tener en cuenta que merece otra consideración que los demás sirvientes estirados y graves, que me infunden respeto, que me intimidan. Marta fué la nodriza de Roberto; su marido me sirvió fielmente durante muchos años y tus hijos serán los primeros en interceder por ella.

La Sra. Lebonnard toma el te.

SRA. LEB. ¿Tus hijos? Nuestros hijos querrás decir.

LEBO. Justo; eso quise decir; nuestros hijos.

SRA. LEB. Con nuestra voluntad o sin ella nuestros hijos son nuestros hijos, ténlo presente. Y aprovecho la ocasión para repetirte una vez más, que eres injusto con Roberto a quien no profesas todo el cariño que merece.

LEBO. Quizá, pero no es mía la culpa. El, como tú, os complaceis en causarme contrariedades.

SRA. LEB. El, como yo, respondemos a la preferencia que demuestras por Juana.

LEBO. Preferencia bien merecida. puesto que ella es la única que me defiende de tí y de él, hasta el punto de que puedo decir que soy el hijo de mi hija.

SRA. LEB. Puedes decir lo que te plazca, pero la verdad es que tanto Roberto como yo, somos tus víctimas. Yo, sobre todo, que sufro viéndote maltratar a un hijo que es modelo de hijos. Y esto que en cualquiera sería reprochable, lo es más en tí que predicas la bondad, careciendo en absoluto de ella.

Lebonnard aprueba con cara sonriente todos los epítetos malsonantes que le dirige su mujer.

LEBO. Continúa.

SRA. LEB. Tú no eres, moral y físicamente, sino un miope, un avaro, oculto bajo capa de filantropía; bueno a fuerza de ser débil y cobarde; usurpador, en fin, de la fama que gozas; del apodo con que se te conoce: «Lebonnard», el infeliz! el bonachón. . . ¡bah! ¡el tonto!

LEBO. Pues sí que me has puesto bueno en cinco minutos. Con mucha calma. Si has pretendido dibujar mi retrato, te ha salido la caricatura... Severo. porque yo, ese que menosprecias, ha sufrido la mayor de las injurias que puede hacerse a un padre; que tú, la madre, haya borrado del corazón de ese hijo, el cariño que de niño me tenía, La Señora Lebonnard hace un ademán de desprecio. aún más, que le hayas prestado ayuda contra mí, tolerándole, alentándole a ponerme de contínuo en ridículo, convirtiendo su cariño en la mayor de las ingratitudes.

SRA. LEB. ¿Pero es que buscas la ocasión de un disgusto?

LEBO. Buscar yo? ... No; es que ya estoy harto de callar.

SRA. LEB. Burlona. Me asustas. Vamos, sin duda has pisado hoy alguna mala hierba.

LEBO. Quien sabe. Por si acaso guárdate. Una sola gota hace rebosar el líquido, y el pacientísimo cordero se revuelve si le hostigan; los tímidos llegan en ocasiones a ser los más decididos y los audaces deben usar con ellos la prudencia.

SRA. LEB. Pero ¡Dios mio! ¿qué te pasa?

LEBO. Me pasa, que me avergüenzo de ser pusilánime, el infeliz, el bonachón, el tonto, como tú dices; que Juana no está aún repuesta y que nadie se preocupa de su salud. Estallando con más violencia aún que antes. Cien veces lo he advertido, y no se me ha hecho caso; no quiero en mi mesa guisotes indigestos, quiero alimentos sanos. Calmándose súbitamente y con tono cómico. Que podamos comer y sepamos digerir!

SRA. LEB. ¡Acabáramos! ¡Y para eso, tanta conversación?

¡Eres ridículo en todo! Se te complacerá. Tocando el timbre y enjugándose una lágrima. Podías haberte ahorrado tratarme tan duramente sin motivo. Se sienta afligida. El criado sale, le recoje el servicio de te

LEBO. Que se ha sentado á la mesa de trabajo, desconcertado y mirándola por encima de los lentes. Perdóname, me he excedido... A veces no es uno dueño de sí y se defiende antes de que le ataquen... La costumbre de vivir en perpetua alarma... Perdóname.

SRA. LEB. Indignada al ver que Lebonnard se pone á trabajar. ¡Qué haces! ¿Trabajar? ¡Maldita manía!

LEBO. Trabajar, sí! Hay más obreros que reyes y no quiero olvidar que he sido relojero.

SRA. LEB. ¡Joyero!

LEBO. Las dos cosas, pero principalmente relojero. Es verdad que comerciábamos en alhajas y te llamaban—te lo recuerdo porque estamos solos—, la hermosa joyera ¿eh? El pasado nos acompañará siempre quieras o no. Si no trabajara me consumiría de fastidio.

SRA. LEB. No te exijo que dejes de trabajar, pero al menos que nadie te vea. Imponte ese sacrificio.

LEBO. Si lo creyera justo, me lo impondría.

SRA. LEB. Mirando por el ventanal al jardín. El Marqués. No olvides, como siempre, darle el tratamiento cuando le hables. Señor Marqués.

LEBO. ¡Qué tratamiento, ni qué calabazas! Bueno soy yo para etiquetas. Le llamaré señor, y gracias.

SRA. LEB. ¿Sabes que le está buscando a Juana un buen partido?

LEBO. No... ¿Conque le está buscando...? Bueno, pues que busque.

SRA. LEB. Esconde todo eso en seguida. Y quítate... ¡Ah! Trata de quitarle la blusa. Lebonnard se opone. Váse la Señora Lebonnard por el foro izquierda.

LEBO. Sigue trabajando Mujeres... Todas iguales... los trapos... los títulos... oropel... fantasía.

ESCENA V.

LEBONNARD y JUANA

JUA. Por la puerta foro izquierda. El Marqués y su hija han venido a buscar a Roberto para dar un paseo a caballo.

LEBO. Supongo que no pensarás acompañarles? Todavía estás muy débil.

JUA. Me encuentro bien.

LEBO. De todos modos no te conviene agitarte.

JUA. Bueno, me quedaré haciéndote compañía.

LEBO. Eso es, a mi lado y hablemos de cosas serias.

JUA. Pido la palabra para regañarte. ¿Piensas recibir a las visitas con blusa? Ayer te la escondí.

LEBO. Pero yo dí con el escondite y me la he plantado... Así estoy a mis anchas.

JUA. Muy bien y lo que digan de nosotros ¿no te importa? Nos criticarán y nadie querrá casarse conmigo. Cómicamente mimosa.

LEBO. ¡Eh! ¿Tú crees que la blusa será obstáculo?.. Entonces ni una palabra más. Se quita la blusa y la dobla cuidadosamente. ¡Fuera estorbos matrimoniales! Tienes ya veinticinco años...

JUA. No continúes: mi observación no ha sido intencionada. Aún es pronto para pensar siquiera en dejarte, para cambiar una felicidad efectiva por...

LEBO. Por otra igualmente cierta...

JUA. Problemática... No... no; repito que no lo quiero pensar ¡siempre contigo!

LEBO. ¿Por qué? Observándola.

JUA. Mi hermano se casará pronto.

LEBO. ¿Y qué?

JUA. Os quedareis solos mamá y tú...

LEBO. Comprendiendo y marcando un gesto de disgusto. Ya. ¿Y crees que tu abnegación me complace? El exceso de bondad conduce muchas veces a la desgracia, lo sé por experiencia. Si deseas ver-

me feliz no te sacrifiques. Con delicadeza. Transición. Ahora, dime: ¿tenemos algún galán en puerta? Dime como se llama el picaruelo!

JUA. Vivamente. Te aseguro que no.

LEBO. ¿De veras? Y si yo lo adivinase? Y si te descubriera el secreto? Anda, díme al oido, muy bajito como se llama. . . que yo no se lo digo á nadie.

JUA. No tengo secretos. Ruborosa.

LEBO. Amenazándola cariñosamente con el dedo. Pues vive alerta porque yo vigilo.

ESCENA VI

Dichos y EL MARQUÉS

MARQ. Entrando por la puerta foro izquierda. Muy buenos días amigo Lebonnard.

LEBO. Servidor de usted señor. . .

MARQ. Encantadora Juanita. . .

LEBO. ¿Y su hija de usted?

MARQ. Perfectamente; gracias. En el jardín se queda enseñándole á Roberto la magnífica compra que ayer hicimos. Una yegua, pura sangre, ¡hermoso animal! por cuatro mil francos; regalada.

JUA. Voy á verla. Váse puerta foro izquierda.

ESCENA VII

LEBONNARD y EL MARQUÉS.

LEBO. Al Marqués que ha sacado su reloj para mirar la hora. ¿Marcha bien?

MARQ. Regular.

LEBO. Traiga usted; con su permiso. Examina el reloj valiéndose de la lente.

MARQ. Mirando por el ventanal. Mire usted, mire usted, señor Lebonnard la yegua, ¡qué alhaja!

LEBO. ¿Para qué? Yo no entiendo... Todos no saben ser ricos.

MARQ. Según lo que entienda usted por rico. Yo no me considero como tal porque mi fortuna es inferior a mi nobleza. Usted si que es verdaderamente rico.

LEBO. Mucho menos de lo que se supone. Cierto que he ganado con mi profesión, y que heredé a mi hermana; pero comparado con usted soy un pobre diablo.

MARQ. ¡Ja, ja! No llore usted que nada voy a pedirle.

LEBO. Además un hacendado de provincia, queda en París reducido al montón anónimo; y si tiene, como yo, un hijo con pretensiones de príncipe, mimado y consentido que gasta sin tasa... que no se preocupa de su presente ni de su porvenir...

MARQ. Roberto es un muchacho excelente, un perfecto caballero. Le conozco lo bastante para poder afirmarlo.

LEBO. Es usted muy amable.

MARQ. Le he seguido desde su niñez y le considero como de mi familia, puesto que será el esposo de mi hija.

LEBO. Con sencillez y mirándole sin quitarse la lente. De su hija? le entrega el reloj ¡Listo!

MARQ. Gracias! Blanca es, si se quiere, más celosa que yo en conservar la pureza de nuestra alcurnia; pero considera que su nombre de usted es digno de todo respeto.

LEBO. Dando á la frase doble sentido Repito que es usted en extremo amable.

MARQ. Con excesiva confianza tratando de dar a Lebonnard una palmadita en el vientre. Lebonnard usted es un buen hombre y Roberto un intachable gentleman.

LEBO. Si... he oido decir que era... eso.

ESCENA VIII

Dichos y ROBERTO por primera derecha en traje de montar.

ROB. A sus órdenes, señor marqués.

MARQ. ¿Eh? contemplando á Roberto ¿qué tiene usted que pedirle?

LEBO. Yo, nada. Como él no me pida á mí.

MARQ. Elegante, distinguido, simpático, bueno, aunque no tanto como su padre. La bondad de usted es tradicional, quizá —permítame usted que se lo diga— exagerada. La vida es constante lucha y desgraciado del que cae... lo pisotean. Darwin tenía razón. Plaza á los fuertes.

LEBO. Sonriendo con malicia. Eso dijo Darwin, y Jesús ¿qué dijo?

MARQ. ¡Ah! Yo le creía á usted libre-pensador.

LEBO. Libre soñador nada más, y contrario á esas teorías despiadadas. Sabiendo que es usted creyente, he nombrado á su Dios. En religión, mis conocimientos son elementales, pero si veo a uno caer le doy la mano. Admiro el Evangelio y admiro a ese Dios que murió resignado por salvar a los hombres. Con intención. Bienaventurados los débiles porque de ellos será el reino de los cielos.

MARQ. ¡Bravo, señor predicador!

ESCENA IX

Dichos, BLANCA, JUANA y la Sra. LEBONNARD

ROB. Adelantándose al encuentro de BLANCA que aparece seguida de JUANA y la Sra. LEBONNARD por la puerta foro izquierda. Mientras el uno sermonea y el otro le escucha impávido, el tiempo corre y adiós paseo! Saludándola muy afectuoso.

MARQ. A Lebonnard siguiendo la conversación La mecánica progresa y el corazón no.

LEBO. También. El corazón sigue paso a paso las huellas del progreso. Civilización, arte, ciencias, industrias, por caminos diversos ¿a qué centro común van a parar? ¿cuál es su meta? engrandecer los sentimientos humanos.

MARQ. ¿Pero de dónde saca usted esas ideas? ¿En qué libro las aprende?

LEBO. Señalando á su hija. Esa muñeca me las lee. . . ella me las transmite.

ROB. Con impertinencia. Pues yo opino en un todo con el Marqués. No hay más que dos razas: vencedores y vencidos: conquistadores y conquistados: débiles y fuertes: y el que quiere ser algo ha de dominar.

Accionando con la fusta, tira uno de los relojes que hay sobre la mesita.

BLAN. Dice bien; fuerte, y mejor hábil.

LEBO. Mira el reloj con pena, lo recoge, suspira, lo vuelve a colocar en su sitio y sonríe forzadamente.

Acaso tengan ustedes razón y sea yo el equivocado.

MARQ. Equivocado o nó es usted de la madera de que se hacen los apóstoles. Pero demos el punto por suficientemente discutido y vamos. A Lebonnard. ¿Por qué no nos acompaña usted?

ROB. ¡Ja, ja! Tendría que ver mi padre a caballo. . . ¡gallarda figura!

LEBO. Mortificado. Es verdad.

JUA. Bajo á Roberto. ¡Roberto!

LEBO. A tu edad, hijo mío, pobre y sin más esperanza que la de encontrar trabajo, recorrí a pie la Francia para que tú pudieses tener, como hoy tienes, caballo que montar, y buen humor para mofarte de mis canas.

SRA. LEB. Eres demasiado suspicaz... se trata de una broma.

LEBO. Sus bromas con pasar de los límites prudentes, me mortifican menos que sus teorías insensatas.

BLAN. Bajo á Roberto. Su padre de usted tiene razón, le ha ofendido usted.

Pausa larga. Roberto se acerca a Lebonnard.

ROB. Padre, perdóname.

LEBO. Súbitamente enternecido y besando a Roberto en la cara.
Tú eres quien ha de perdonar mi dureza, pero has de comprender que la severidad conque algunas veces te trato, obedece al afán de que seas como yo te he soñado. Esto te probará cuanto te quiero. Le abraza y nuevamente besa cariñosamente. Lebonnard pasa al lado de Blanca y le dice:
A usted se debe este milagro, belleza y bondad; esta última condición realza la primera. Que él sea digno de usted y serán ustedes felices. Sobreponiéndose. Transición. Y se acabó; a divertirse hijos míos sin hacer locuras. Voy a verlos salir; disfrutaré admirando a caballo tu apostura, á Roberto contraste del figurón que yo hubiera hecho. A su mujer. Juana se queda conmigo.

MARQ. Que habla con Blanca y Juana.
Un instante. a la Sra. Lebonnard, bajo.
Me parece que debíamos aprovechar la ocasión para dar cuenta al Sr. Lebonnard de nuestro proyecto. Martignac desea saber a qué atenerse.

SRA. LEB. A Lebonnard.
Querido esposo: ya te indiqué que el señor Marqués y yo, buscábamos una buena proporción para Juana. Pues bien, ya se ha presentado; es una persona de edad madura y de magnífica posición...

LEBO. Inquieto. ¿Su nombre?

MARQ. Martignac.

SRA. LEB. El conde de Martignac.

LEBO. Cómicamente. Suponía que no era el título lo que había de faltarle, ni la Legión de honor en el ojal... en París es el complemento. Bien... veremos, cuando sepamos sí el corazón de Juana está libre... si no ama a otro.

SRA. LEB. Sobresaltada. ¿Qué dices?

LEBO. Con timidez. Al Doctor Andrés, por ejemplo.

SRA. LEB. Estupefacta e indignada ¡Al Doctor!

LEBO. ¿De qué te asombras? Es casi un sabio, de honradez acrisolada; tiene magnífica clientela y cuando ha asistido a nuestra hija, he creído notar que se excedía en el cumplimiento de su deber.

SRA. LEB. ¡Perfectamente! Esperaré a que venga.

LEBO. No nos adelantemos a los acontecimientos. Antes es preciso comprobar si mis sospechas son fundadas, y tener siempre presente que en momentos críticos para nosotros demostró una abnegación a toda prueba.

SRA. LEB. Su profesión lo exige. Ya te pasará la cuenta.

LEBO. Aparte á ella.
Tienes un alma encantadora.

MARQ. Me permito abogar por mi candidato. Lo merece, y si ustedes le aceptan, me darán una verdadera satisfacción.

ESCENA X

Dichos y JHON, el criado

JHON. Anunciando por puerta foro izquierda. El Señor Doctor Andrés.

LEBO. Que pase en seguida... y tú quítate de mi vista.
Vase Jhon.

SRA. LEB. ¡Ah! Amenazadora

ROB. A Juana La felicidad de esta vida está en el amor. ¿No te damos envidia? Ama y serás dichosa. Fíjate en mí, desde que soy correspondido.

BLAN. Presuntuoso.

ROB. Pero vamos a ver; ese doctor, ¿viene o no viene? ¡que le estamos esperando!

JUA. A Roberto, enfadada ¡Roberto!

ROB. A Juana Tu emoción te vende.

ESCENA XI

Dichos y ANDRÉS

ANDR. Por puerta foro izquierda. Sonriendo a Lebonnard que se ha adelantado a su encuentro Dispense usted, Marta me ha entretenido para hacerme una consulta. Advirtiendo la presencia de los demás personajes y saludando con una inclinación de cabeza. ¡Oh, señores!

ROB. Bajo a Juana Advierte que todas las miradas están fijas en tí.

JUA. Bajo a Roberto. Cállate!

ANDR. ¿Iban ustedes a salir?

LEBO. Yo no. Con naturalidad.

SRA. LEB. ¿Y tú qué importas? La visita del Doctor no es para tí, seguramente.

LEBO. Claro.

SRA. LEB. Vamos a sacar a Juana a dar un paseo en coche, según ha ordenado. Así pues no le robamos a usted el tiempo que otros enfermos necesitan. Con finura agresiva.

LEBO. ¿Cómo? Sorprendido.

SRA. LEB. A Lebonnard. Mi sombrilla y mis guantes.

LEBO. Desconcertado A mí me lo pides? Entonces, ¿para qué tienes ese fantasmón colorado? Que te lo traiga él...

SRA. LEB. Hazme tú el favor. Ensayando una sonrisa que no le sale

LEBO. Haciéndo un ademàn de resignación y bajo a Andrés Espéreme usted. Tenemos que hablar. Váse primera dcha.

SRA. LEB. Bajo al Marqués. Verá usted qué políticamente le despido.

MARQ. ¿Con qué pretexto? Aún no ha dado motivo.

SRA. LEB. Antes que lo dé.

Se dirige al doctor que la escucha sin quitar los ojos de Juana. Juana, Blanca y Roberto están a la izquierda; Andrés y la señora Lebonnard a la derecha. A Andrés.

Doctor... Permítame usted hacerle una pregunta. Ya está Juana completamente bien, ¿verdad?

ANDR. Sí, señora. Las visitas que me tomo la libertad de hacer a ustedes, son de amigo.

JUA. ¿Qué irá a decirle? Aparte y mirándoles.

SRA. LEB. Entonces, después de expresar á usted mi gratitud por el acierto y el cariño con que ha asistido a mi hija en su enfermedad, sólo me resta suplicarle, con verdadero sentimiento, que frecuente usted menos esta casa, siempre suya. Yo ruego a usted que me dispense, pero la maledicencia pudiera atribuir su amabilidad a bien distinta causa, y me importa mucho evitarlo. Juana está prometida.

ANDR. Prometida! Turbado

SRA. LEB. Esa es nuestra resolución. Pausa

ANDR. ¿Y sería indiscreto preguntar si también es la suya?

SRA. LEB. Marcado. Ella no tiene más voluntad que la nuestra.

ANDR. Está bien, señora.

SRA. LEB. Espero que me habrá usted comprendido.
A una indicación de asentimiento de Andrés le vuelve la espalda

ESCENA XII

Dichos y LEBONNARD

LEBO. Por la primera derecha con la sombrilla y los guantes de su mujer, que le entrega inclinándose cómicamente. La señora está servida.

MARQ. Señalando al grupo de los jóvenes que ríen. Oiga usted, señor Lebonnard; qué derroche de alegría. Nos empujan; su vida nos mata.

LEBO. Sí, pero con una muerte muy dulce. A Andrés. con resolución. ¿Y a usted, Doctor, no le contagian esos arrullos? ¡Siempre cabizbajo! ¿Por qué no se casa usted, qué diantre?

SRA. LEB. Aparte. ¿Qué dice? ¿Pretenderá?...

ANDR. ¿Casarme?

LEBO. ¿Nunca ha pensado usted en ello?

ANDR. Nunca; ni aun estando enamorado. Sin duda

he nacido sólo para trabajar, solitario y triste.

SRA. LEB. Aparte. ¿Será verdad lo que suponen de él? Habrá en su vida algún misterio?

ANDR. ¡Ah! cuántas veces he sentido la nostalgia de un hogar alegre por el bullicio de vocecitas infantiles, de un nido tibio y perfumado; pero mi estrella me guía por otros derroteros. Envejeceré en el estudio, viviré aislado, sin ideales... sin compañera. Diré con el poeta: «Me hirieron en mi amor, dejé de amar». Y basta de filosofías, que ustedes iban a salir y a mí también me esperan. Con su permiso, señores. Saluda y váse foro izquierda.

ESCENA XIII

Dichos, menos ANDRÉS.

LEBO. Fuera de sí. ¿Qué significa esa despedida precipitada y seca? á la Sra. Lebonnard Juana quiere a ese hombre.

JUA. Vivamente. No, padre mío, no.

LEBO. Tú le has dicho algo...

SRA. LEB. Violentamente. Sí; ¿y qué? Cometí la imprudencia de introducir a ese hombre en mi casa, sin sospechar a qué punto llegaría en sus pretensiones, y ha sido preciso cortarlas de raiz. El Marqués que entrará muy pronto a formar parte de nuestra familia, no tolerará en ella un advenedizo.

LEBO. Al Marqués ¿Usted opina así?

MARQ. Desconcertado No tengo el gusto de conocer a ese caballero...

BLAN. Abrazando a Juana que ha caido anonadada sobre un sillón y oculta su rostro entre las manos. Tengan ustedes compasión! Si le ama, ¿qué mal hay en ello? ¿No es un hombre honrado de igual condición que mi prometido? Todo apellido sin mancha, es noble, y el que le lleva puede ostentarle con

legítimo orgullo. El Doctor Andrés goza en todas partes de legítima fama.

JUA. Abrazando a Blanca Gracias, hermana mía. Son injustos con él.

ROB. A Juana con afectación El Doctor merece mis simpatías; es distinguido, casi elegante... Vaya, vamos.

BLAN. ¿Vienes? A Juana

LEBO. A Blanca Perdone usted, la necesito yo.

MARQ. Hasta luego, amigo Lebonnard. Señora...

SRA. LEB. Al Marqués, saliendo de su brazo Un intrigante. Vánse.

ROB. A Juana Vamos.

LEBO. A Roberto, con decisión He dicho que no va. Roberto le mira con altanería.

JUA. A Roberto con dúlzura. Dispensadme. Váse Roberto con Blanca por puerta foro izquierda. Juana echa los brazos al cuello de su padre y apoya la cabeza en su pecho.

ESCENA XIV

LEBONNARD y JUANA

JUA. Perdóname, padre. Llora.

LEBO. No te aflijas. Has puesto tu cariño en él; le tendrás.

JUA. Con un grito de alegría que ahoga instantáneamente. ¿Pero me perdonas por haberle dado mi corazón sin tu consentimiento?

LEBO. ¿Perdonarte? ¡Ah, vamos! Siempre tu idea de no abandonarme.

JUA. Si mi madre se opone, renunciaré a todo.

LEBO. Abrazándola como si la meciera.

No abandones tu felicidad. Encontraré los medios de conseguir que la alcances, y lo conseguiré. Confía en mí.

Pausa. Lebonnard la acompaña hasta la puerta primera de la derecha. Váse JUANA. Lebonnard se frota las manos demostrando gran satisfacción y silva un aire popular. JHON aparece por el foro izquierda y entra por la primera derecha sin saludar. Lebonnard le mira cómicamente. Vuelve á entrar JHON y sale foro izquierda. Lebonnard le hace una reverencia cómica, después se sienta a su mesita de trabajo, se pone su blusa y silvando trabaja

ESCENA XV

LEBONNARD y MARTA

MART. Por puerta foro izquierda muy agitada. ¡Señor!

LEBO. ¿Qué ocurre?

MART. La señora que al salir me ha mandado: «Si vuelve el doctor le dice usted que no recibimos» y yo...

LEBO. ¿Qué?

MART. Me he atrevido a contestarla que no decía eso.

LEBO. ¡Magnífico!

MART. Que se lo dijese el lacayo.

LEBO. Muy bien! Frotándose las manos.

MART. Pero entonces fuera de sí, descompuesta, ¡daba miedo! me ha dicho que inmediatamente me fuera... llorando. ¡A mí! ¡a mí! a quien tanto debe!

LEBO. Mirándola fijamente. ¡Mucho! es verdad, pero cuenta con tu silencio y no teme al peligro.

MART. ¿Qué quiere usted decir? extremeciéndose.

LEBO. Nada; que no te vas, que te quedas!

MART. ¿Y cómo sufrir que se me trate de ese modo?

LEBO. Será la expiación de tu culpa. Quédate; yo lo mando. Fuera de aquí, los remordimientos concluirían tarde ó temprano, por hacerte vender el secreto que debe quedar entre nosotros.

Se miran un momento en silencio.

MART. ¿Sabe usted?... estupefacta.

LEBO. Con entereza. ¿Que no es mi hijo Roberto? ¡Sí! ¿Que tú, su nodriza, fuiste cómplice de esa...? Todo. Y cuando descubrí mi horrible desgracia, callé por Juana... por mi hija callé, para que la dignidad de la madre no padeciera, sacrificándole mi propia dignidad. Con bondad. Roberto es inocente.

MART. Es un ingrato.

LEBO. ¿Por qué, si nada sabe?

MART. Juntando las manos con veneración. ¡Ah, señor, es usted un santo!

LEBO. Levantándose. No hay santos en la tierra... Soy un pobre viejo que chochea... Conque quedamos en que seguirás aquí... Un viejo que chochea sí, porque le quiero aun sabiendo que es hijo de otro. Marta se arrodilla y quiere besarle las manos. Lebonnard la rechaza con dulzura y ella sale por la puerta del foro levantando los brazos al cielo y volviéndose repetidas veces demostrando su admiración.

ESCENA XVI

LEBONNARD, solo. Después de una pausa, limpia los lentes con el paño de trabajo y dice mirando al cielo.

Sócrates, sufrió seguramente más que Jesús, porque Jesús tuvo madre y Sócrates tuvo además mujer... y estaba divertido...

Dos relojes dan hora con timbres diferentes y Lebonnard, corre a arreglarlos, apresuradamente.

TELON.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

LEBONNARD - JUANA y ROBERTO

LEBONNARD ocupado en arreglar un reloj grande. JUANA á la derecha sentada junto á Roberto.

ROB. No me explico por qué mamá se empeña en sostener la candidatura de Martignac; un hombre entrado en años... sin atractivos, y no transige con el doctor, el reverso de la medalla. ¡Pobrecillo! Lo debe sentir mucho. Le veo con frecuencia y siempre solitario, ensimismado, como si fuera acompañando á su entierro.

JUA. En tono de afectuoso reproche. ¿Quieres hablar de otra cosa?

ROB. ¿Por qué? Te advierto que me es muy simpático; un poco tristón, pero por lo demás agradabilísimo.

JUA. Y yo te advierto, por si quieres ahorrarte elogios interesados, que ya no me queda un céntimo que darte porque te has llevado hasta el dinero de mis pobres.

ROB. Te equivocas de medio a medio, mal pensada,

si supones que en lo que te he dicho hay el menor asomo de interés. Ni aun estando como estoy, plagado de acreedores, cabe en mí halagar a mi hermana con la mira puesta en el vil metal de sus ahorros. Palabra de honor.

Con resentimiento cómico.

JUA. Ha sido una broma.

ROB. Broma o veras me faltas... lo que no impide que tu doctor me siga gustando.

JUA. Conque me guste a mí es suficiente.

ROB. No estamos conformes. En calidad de futuro cuñado, debe tener también mis simpatías y las tiene.

JUA. ¿A que no son tan verdaderas como las que yo siento por Blanca?

ROB. Naturalmente; porque Blanca es una excepción... es... un ángel, como tú.

JUA. Imposible resistirte. ¡Lo que sabes! Toma y ahora si que no me queda más.

Le dá un bolsillo.

ROB. ¿Cuánto hay? Tomándolo a peso.

LEBO. Por el reloj que está arreglando.

¡Util! Máquina Ginebrina! excelente máquina.

Suena la campana. Escuchando extasiado.

¡Qué timbre tan sonoro! Sus ecos despiertan en mí recuerdos de la juventud.

JUA. ¡Calla! A Roberto que la ha hablado en voz baja.

ROB. Es una chifladura. Cuando se entrega en cuerpo y alma a sus relojes, me desespera.

JUA. Pues vete.

ROB. Desde el portal a la cocina relojes de todas castas, chicos y grandes... Parece la casa un museo de relojería. ¡Maniático!

JUA. Calla, mala lengua, y complácete, como yo, admirando su inocencia infantil.

ROB. Ojalá pudiese; tú eres mejor que yo.

JUA. Lo parezco.

ROB. Lo eres; vales mucho más.

LEBO. Mirando el reloj. Un poco de aceite a los resortes y listo.

JUA. Anda, dále un abrazo.

ROB. ¿A santo de qué? ¡Qué tontería!

JUA. En compensación de los frecuentes pesares que le causas.

ROB. Es que sus manías me ponen nervioso. Prefiero marcharme, no sea que el diablo lo enrede, se me escape alguna palabra que le mortifique, me conteste y la armemos.

JUA. Cualquiera oyéndote, creería que hablabas de un extraño. ¿Qué buen hijo puede encontrar molesto nada que venga de su padre? ¡Abrázale!

ROB. ¿Y si me dá un sofión?

JUA. Demasiado sabes que no es posible.

LEBO. Dejando el trabajo. ¡Perfectamente! ¡Ya no se fabrican relojes tan acabados! Pasaron aquellos tiempos.

ROB. Acercándose a Lebonnard. Papá ¿quieres abrazarme? Fríamente.

LEBO. Asombrado y sin comprender. ¿Cómo?

ROB. ¿Que si quieres darme un abrazo?

LEBO. ¡Pues no he de querer, hijo mío! Te he preguntado con asombro porque me habías hecho perder la costumbre... Bien es verdad que en ocasiones, soy contigo algo rudo.

ROB. No recordemos eso. Con ligereza.

LEBO. ¿Que si te quiero abrazar? Con alma y vida. Eres burlón... Lo que más me apena, es que me hayas perdido el cariño que de niño me tenías. Movimiento de Roberto. Has cambiado, sí. Juana se acerca á Lebonnard que está colocado entre los dos. Ahora razonas ya, domina el carácter; y el carácter, la fuerza, bien está, pero la bondad es mejor. Roberto molestado por los cargos que le hace su padre intenta desasirse de sus brazos, pero Juana le detiene. La suprema fuerza es la dulzura, la que te sujeta en mis brazos, aun obligado por tu hermana... Mirando a Juana. Lo he visto... lo he visto... En fin, hoy has derramado un bálsamo de alegría sobre mi corazón, y mereces recompen-

sa. Vé a divertirte y toma. Sacando de su cartera algunos billetes. Me ha dicho Juana que tenías algunas deudas. Mirando á Juana. ¿De juego quizá?

JUA. Sí. Confusa y bajando la cabeza contrastando con la desfachatez de su hermano.

LEBO. A Roberto. Págalas y piensa en trabajar... Vas a casarte, tienes carrera y has de hacer en tu vida algo más que deudas. Defiende a los desgraciados, que son los más dignos y están en mayoría. Habla por ellos, y vete ya, que te noto impaciente.

ROB. Gracias, querido padre. Gracias Juana. Hasta luego. Váse puerta foro. Lebonnard y Juana se miran un instante en silencio.

ESCENA II

LEBONNARD y JUANA

JUA. ¿Ves como es bueno?.

LEBO. Lo que es así... ya lo creo, cualquiera lo sería.

JUA. Tiene los defectos naturales de sus pocos años.

LEBO. ¡Viejecita!

JUA. No te burles.

LEBO. Burlarme... Me encanta tu aire maternal. En cuanto a Roberto, sabremos pronto, acaso hoy mismo, si es como tú dices.

JUA. Sentándose sobre las rodillas de Lebonnard. Sin duda.

LEBO. Me alegraré.

JUA. Ténlo por seguro. ¡Padre cruel! (Con ternura).

LEBO. ¡Bah! En tus hijos quiero ver yo reflejada mi alma.

JUA. ¿Crees que me casaré? Con tristeza.

LEBO. Claro. Suspirando.

JUA. ¿Por qué suspiras?

LEBO. Porque...? porque espero al doctor... Andrés...

JUA. ¿Tú? Levantándose. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Va á venir? Sin duda es porque tú le has llamado, de otro modo, después de lo ocurrido, él no ven-

dría. ¿Qué le diría mi madre? Estoy segura que me ama aunque no me lo ha dicho, pero si él presume cuánto le amo yo, padecerá horriblemente. Avergonzada y ruborosa.

LEBO. ¿Has acabado yá? ¿Conque esas tenemos? Transición. Supiste escoger bien, hija mía; lo adiviné con solo verle y ahora estoy seguro. Andrés es un joven sencillo, honrado y laborioso. He inquirido su vida paso a paso y la conozco toda... toda.

JUA. Yo también.

LEBO. ¿Tú?... Amale mucho. Es un hombre útil a la humanidad y merece su consideración. Es un corazón huérfano, semejante al mío, que necesita quien lo salve, y a tí te corresponde dar cima a esa empresa. Transición. ¿Conque nada te ha dicho?

JUA. ¿Para qué? Cuando se ama se adivina.

LEBO. La malicia del diablo es malicia del cielo algunas veces.

JUA. He leído en sus ojos que sufre y que me quiere, pero le pasa lo que a mí, que no tiene valor para decírmelo.

LEBO. Lo comprendo; tener valor es más difícil de lo que parece. Pues bien, hoy lo he tenido yo, para escribir a ese joven que viniese y vendrá. Tu madre ha precipitado los acontecimientos y es forzoso concluir. Ya sé que es una cosa... terrible... tener el propio padre que decirle a... un caballerete: ¿quiere usted hacerme el favor de casarse... con...; que le hemos de hacer ¡ah! tengo prevenida a Marta para que cuando yo llame te avise en seguida, ¿entiendes? El timbre o mi voz será la señal de que me hace falta tu auxilio.

ESCENA III

Dichos y MARTA

MART. (Por el foro) Señor, ahí está. (Muy contenta y en voz baja).

LEBO. ¿Quién está? Frotándose las manos.

MART. Siempre en voz baja. El Doctor...

LEBO. Que entre aquí...

MART. Muy contenta. Voy corriendo. Váse foro.

JUA. Ruborosa intenta hacer mutis primera derecha. Me escapo...

LEBO. Deteniéndola. ¡Qué pronto me olvidarás por él.

JUA. ¡Olvidarte yo! ¡Nunca¡ ¡Adorado padre!
Besándole. Váse primera derecha.

LEBO. Carantoñera de los demonios...

ESCENA IV

LEBONNARD y ANDRES

ANDR. Entrando foro. Me ha llamado usted, señor Lebonnard y aquí me tiene a sus órdenes puntual a la cita; mas permítame usted preguntarle antes de nada, si son mis servicios profesionales los que son necesarios.

LEBO. No señor; mi hija continúa afortunadamente bien... de salud... y sin embargo de algo que con ella se relaciona hemos de tratar.
Movimiento de Andrés. LEBONNARD le invita a sentarse, se sienta frente a él y después de un instante de vacilación le dice bruscamente.
Usted la ama.

ANDR. ¿Yo! Levantándose.

LEBO. Y ella le corresponde a usted.

ANDR. ¡Ella!

LEBO. Lo sé por ella misma. ¡Me lo ha dicho en secreto... ¡Je, je! Hágame usted el favor de no contarlo.

ANDR. ¡Ah!

LEBO. Indicándole que se siente. Mi mujer, que nada de esto sabe, demasiado celosa tal vez en el cumplimiento de sus deberes, dijo a usted el otro día no sé qué... aunque sin conocerlo, lo supongo... conociéndola a ella y me la sé de memoria. Empecemos, pues, por olvidar lo ocurrido y continúo. Quedamos en que Juana le ama a

usted, y no creo equivocarme afirmando que usted la corresponde. Siendo así, y convencido también de que usted la merece, yo pido á usted que la haga feliz: es mi único bien, el mejor, el más preciado; y al concedérsela, doy a usted mi vida entera, hijo mío.

ANDR. Conteniéndose. Señor Lebonnard, las manifestaciones de usted me sorprenden...

LEBO. Por demasiado espontáneas ¿verdad? Desconcertado. Pues aún es mayor mi sorpresa, ante la frialdad con que usted la recibe... ¿me habré equivocado en mis suposiciones? Pausa. Mirándole con fijeza No; la ama usted; estoy seguro.

ANDR. Vivamente y con firmeza. Sí; con toda mi alma! pero me he jurado ahogar esta pasión.

LEBO. ¿Y por qué? Si la felicidad le espera.

ANDR. Porque no me siento con fuerzas para la lucha...

LEBO. Pugnando por reir, con ironía y desdén cómicos. ¿La lucha? ¿Con mi mujer? ¡Hombre, que eso lo dijera yo, pase, pero usted!

ANDR. Me aseguró que Juana está prometida á otro...

LEBO. Usted es el preferido de mi hija; conque ríase usted de todos los rivales.

ANDR. Pero...

LEBO. Cuando se cuenta con la novia se salta por todo; padres, familia, consideraciones... Los obstáculos en vez de serlos, se convierten en incentivo. Además, sepa usted, fuera modestia, que la única persona que aquí tiene sentido común, soy yo; la única persona que verdaderamente quiere a Juana soy yo, y por eso yo, tengo que preocuparme de su porvenir, contra la voluntad de su madre, de su hermano; y sin tomar en cuenta los escrúpulos de usted, sigo el camino recto, sin vacilar, voy derecho al fin, sin preocuparme, sin aconsejarme, y procedo así, porque me inspiran el amor y el deber.

ANDR. El deber es también el que me obliga a mí a proceder como procedo.

LEBO. Disponiéndose a escuchar. Explíquese usted.

ANDR. Quiero a Juana sobre todas las cosas, mi única felicidad sería llamarme su esposo; pero se oponen a ello el honor y el orgullo; tales, que me obligan a sacrificar tan inmenso cariño. Hay en mi vida un secreto fatal que debo revelar a usted, aun cuando ha de serle penoso conocerlo.

LEBO. Sonriente. Adelante.

ANDR. Muchas veces al despedirme de Juana quise decirle: ¡adiós para siempre! y no tuve valor, y seguí guardando mi secreto, porque su confesión, hubiera matado mi esperanza...

LEBO. Adelante... Adelante...

ANDR. Conozco la grandeza de miras de usted, pero cuando sepa...

LEBO. Bien, bien. Vivamente y con firmeza. Por lo pronto cásense ustedes, y después ya me contará usted todas esas tragedias... Tendiéndole la mano. Es usted un hombre honrado a carta cabal.

ANDR. Pero es que uste no sabe...

LEBO. Sé, todo lo que importa saber. Sé, que se llama usted Pedro Andrés Francisco y nada más. Sé, que ha ganado usted todas sus matrículas de honor, que ejerciendo su carrera, ha hecho todo el bien que ha podido. Si viera usted el cajón de mi mesa de despacho... está repleto de cartas, de periódicos, de apuntaciones que se refieren a usted. Perdóneme amigo mío, pero cuando se vá a casar a una hija, todas las precauciones son pocas. Así es, que repito, que lo sé todo.

ANDR. ¿Todo?

LEBO. Todo. Hoy llegó a mis manos también, este periódico, que publica la reseña de la causa célebre... probando el adulterio de su madre de usted... el proceso... todo, en fin...

Saca el periódico.

ANDR. ¡Ah! Aturdido y llorando.

LEBO. Su padre de usted padeció una equivocación lamentable, sí! La razón y el derecho estaban

de su parte en absoluto, pero no debió olvidar que tenía también una hija, y por ella, la obligación de evitar el escándalo. Pero, en fin, a usted nada alcanza de toda esa miseria...

ANDR. La vergüenza me hizo despojarme de mi apellido, de un apellido que no me correspondía, sustituyéndole por mi segundo nombre. Cogiendo el periódico. Ojalá hubiera podido hacer desaparecer lo demás; cuanto ahí consta; cuanto se escribió; cuanto se dijo, en nombre de una falsa piedad; fueron nuevas injurias que añadir a los girones de mi honra. Vea usted el acusador, el acusador vivamente emocionado mirándome exclama: Leyendo. «¡Pobre niño! Pronto será hombre y maldecirá la vida. Hoy ser inocente juega confiado y alegre; mañana despertará envuelto en fango». Estruja el periódico. Todo el proceso ahí, impreso hasta en sus detalles más repugnantes. Cuando desperté ¿qué camino de salvación me quedaba? ¡El trabajo, y trabajé! asido a mi cruz, sin amor, sin hogar, sin amistades, a solas con mi dolor y con mi mancha. He querido olvidar y no he podido. ¡Cómo olvidar lo que se escribió y escrito, perdura! Señalando al periódico. ¡Ah! si yo pudiera borrar esas líneas con mi sangre. Dígame usted ahora si he de ofrecer a su hija mi mano, con una dote de infamia.

Lebonnard después de una pausa se levanta.

LEBO. ¡Juana! Llamando a voces.

ANDR. Aguarde usted. Turbado.

LEBO. Ni un minuto más. ¡Juana!

ANDR. Espere usted.

LEBO. Chitón. El papel que a usted toca representar es el de dejarse querer; lo demás no le interesa. Yo aprecio a los hombres por sus obras... Conque aguárdeme. Se dirige a la puerta por donde se fué Juana, pero antes de llegar se vuelve al notar que Andrés trata de marcharse.

¿Qué es eso, trata usted de abandonar las

filas? ¡Alto! Se dirige a Andrés y le coge del brazo que enlaza con el suyo.
Veremos si deserta usted así. Llamando. ¡¡Juana!! Valor, el enemigo se acerca.

ESCENA V

Dichos y JUANA

LEBO. A JUANA que aparece por la primera derecha y se queda parada mirándolos.
¿Qué te parece el cuadro? ¿Puede titularse un hijo más? Esto quiere decir, que sin perder momento prepares el equipo, las galas... deprisita ¿eh?

JUA. Padre mío Abrazando a su padre.

LEBO. ¿Estás contenta?

JUA. Sí. Apoyando la cabeza en su hombro.

LEBO. ¿Te gusta?

JUA. Sí... Muy bajito.

LEBO. Al Doctor. Dice que le gusta usted mucho.

JUA. Avergonzada. ¡Papá!

LEBO. ¿Para qué me lo has dicho?
A Andrés. Abrace usted a su futura esposa,

ANDR. ¡Mi esposa! ¡Ah, señor Lebonnard; no hallo palabras con qué expresar a usted mi alegría, Nadie hasta hoy me ha querido ¡gracias! ¡gracias! Abraza a Lebonnard.

LEBO. No; a mí, no; a ella. ¡Caramba, yo en su caso de usted no me lo hubiera hecho repetir!

ANDR. Extasiado ante Juana a quien se acerca.
¡Mi prometida! ¡Mía! ¡qué felicidad!

JUA. Perdóneme usted, aun siendo inocente, todo el mal que le haya causado. Cuanto dijeron a usted fué sin mi consentimiento.

LEBO. Tomándoles las manos y uniéndoselas. Claro, eso por sabido, se calla. Ea! Unid vuestras manos como habeis unido vuestras almas, y recibid mi bendición, hijos míos.

ESCENA VI

Dichos y la Sra. LEBONNARD

SRA. LEB. Entrando por el foro, muy elegante. Habla con ironía y aparente calma.

¿Dan ustedes su permiso? Sentiría molestarles, pues a lo que parece, estaban ustedes tratando un asunto interesante en el que se había descartado mi intervención.

LEBO. (Trae puestos los pantalones).

SRA. LEB. Extraño que, ni siquiera por atención, se me haya dado cuenta; pero como a pesar de esos alardes de libertad, fomentados por el que menos debiera, soy quien soy, es preciso que tranquilamente, sin descomponernos, hablemos los cuatro. Pausa.

LEBO. Pues sin descomponernos y contestando á tu alusión, te diré que mis proyectos no deben ser una novedad para tí; al menos yo he hecho lo posible por que los conocieras.

SRA. LEB. ¿Tus proyectos? ¿Pero y mi consentimiento? Olvidas que yo tengo también un candidato para mi hija?

LEBO. Dueña eres de tener no uno, sino media docena. Las candidaturas nada valen si no las acompaña el voto del elector; el elector aquí es Juana y vota por este caballero, y yo también... voto... Ya lo sabes!

ANDR. Permítame usted, señor Lebonnard que, con licencia de su señora, me retire. Los matrimonios se conciertan de común acuerdo entre los interesados; y su hija de ustedes no querrá, estoy seguro, que el nuestro, se discuta en la forma que estamos a punto de discutirlo. Yo tenía mis razones para no atreverme a solicitar la mano de esta señorita; pero como la profeso afecto profundo, aceptaba la felicidad que se me ofrecía. Lamento, señora, haberme conven-

cido de la antipatía, que, bien a mi pesar, inspiro a usted; espero que el tiempo logrará borrarla.

JUA. A Andrés, tendiéndole la mano. Gracias. A su madre. Esperaremos.

ANDR. Señor Lebonnard... Despidiéndose.

LEBO. A Andrés con entereza. Adiós... y cuente usted conmigo. Andrés se inclina y váse puerta foro izquierda.

ESCENA VII

Dichos, menos ANDRES

SRA. LEB. Eres un insensato; por fortuna yo no estoy loca. Oidme.

LEBO. No te molestes. Nos casaremos con quién nos dé la gana, ¿sabes? Y a toda tu falange de nobles los pones en conserva. ¡Ah! pero no nos los sirvas; son muy indigestos.

SRA. LEB. ¡Lebonnard!

LEBO. ¿Qué hay? Repito que Juana se casará con Andrés, más digno de ella Aparte a ella. que ninguno que tú le busques. Tiene nobleza de corazón y títulos también; verdaderos títulos, ganados con la inteligencia, de los que no se heredan, de los que no se compran, y ya sabes que aquí en París, desgraciadamente se compra y se vende todo.

SRA. LEB. ¿Y apellido tiene?

LEBO. ¿Qué?

SRA. LEB. Pregunto ¿que si puede llevar apellido?

LEBO. El que lleva como tal, se hará ilustre o poco he de poder. Mis ideas, tienen aquí un partido numeroso que le nombrará su jefe: Saldrá diputado; diputado legítimo, sin falsificación de acta. ¡hablará!

SRA. LEB. Y hablarán de él.

LEBO. Si tú leyeras, sabrías lo que vale ese muchacho.

SRA. LEB. Precisamente por que he leído lo sé. Vaya, en-

tremos en razón. Ese hombre no puede ser nuestro yerno.

LEBO. ¿Por qué?

SRA. LEB. Desde que le conocí hallé en él, algo extraño, y al fin he podido descifrar el enigma.

LEBO. ¡Eres angelical.

SRA. LEB. Puedes decirlo... puesto que callé hasta ahora, sin avergonzarle. ¿Conoces el pasado del doctor Andrés? ¿No? Pues entérate.

Abriendo el ridículo y sacando un periódico que desenvuelve y enseña a Lebonnard con aire de triunfo.

LEBO. Tengo yo otro numerito de la misma fecha. . .

SRA. LEB. Estupefacta. ¿Cómo? ¿Tú sabías esa triste historia?

LEBO. Antes que tú.

SRA. LEB. ¿Y conociéndola, le aceptas?

LEBO. Sí!

SRA. LEB. ¡Imposible!

A su hija que ha permanecido absorta en sus pensamientos.

Hija mía... Lée. ¡Yo te lo mando!

LEBO. Yo te lo prohibo. No tienes derecho de revelarle. . . A su mujer con entereza, y arrancándola el periódico.

SRA. LEB. ¿No puedo decirle quién va a ser su marido? ¿No puedo prevenirla para que sepa que no puede darla un apellido, porque fué manchado con un proceso escandaloso?

JUA. ¿Ahí, se encierra algo de que sea responsable Andrés?

LEBO. Nada absolutamente.

SRA. LEB. Desciende de una familia. . .

LEBO. Ha sido víctima de una desgracia horrible. . . ¡Calla! . . ¡calla! Gritando con gran energía.

JUA. Entonces mi deber es no abandonarle. Hace poco te dije que esperaría, ahora te digo que no espero, que seré su esposa.

SRA. LEB. Y yo te. . . Furiosa.

LEBO. Juana es mayor de edad; dueña de sus acciones, y cuenta con mi protección. Enérgico.

SRA. LEB. Tú eres un viejo imbécil. Pausa.

LEBO. De mí dí ya, lo que quieras. Tristemente resignado.

JUA. Con entereza y dignidad interponiéndose entre sus padres. ¡No! ¡No! Bastante se te ofende y se te desprecia sin razón ni respeto a tus venerables canas y por mí no has de recibir una injuria más. Tus bondades debieron servirme de ejemplo, pero no me siento con fuerzas para alcanzar tal grado de perfección; y pues se trata de anular mi voluntad, protesto y me sublevo contra la tiranía; en adelante la norma de mis actos me la dará mi conciencia. Transición. Ay ¡Padre mio!

LEBO. ¡Bien! Abrazándola.

SRA. LEB. Fuera de sí. ¡Perfectamente! Ya te arrepentirás de haberme desobedecido.

JUA. Suplicante ¡Madre! .. ¡óyeme! .. ¡mira!

La Señora Lebonnard váse foro. Lebonnard, sujeta a su hija entre sus brazos, impidiéndola seguir a su madre.

ESCENA VIII

LEBONNARD y JUANA.

LEBO. Silencio. . ! silencio. !! has tenido un rasgo... de valor. Como cedas me suicido. Transición. Gritando hacia donde se ha ido la Sra. Lebonnard. ¡Somos mayores de edad y nos emancipamos! ¡y nos sublevamos! .. ¡y nos casaremos contra viento y marea! ¿No quieres Doctor? Doctor y medio vas a tener y te será muy útil... los médicos modernos saben curar la rabia. . . Agitadísimo. Hemos dado el grito de rebelión. ¡Viva la libertad! ¡Abajo las cadenas! ¡Sécate esas lágrimas! Besándola en los ojos.

JUA. ¡Dios mío!

LEBO. No hay que retroceder... la pelea enardece... Es tu madre, sí... Es mi mujer, esto no se olvida, pero la he vencido, y no doy cuartel. Hoy ha sido mi 89. he tomado mi Bastilla... El 93 se acerca... No me conozco... Comprendo y disculpo todos los medios de destruir el abso-

lutismo. Riendo, a Juana Ríe, ríe como yo y vé tranquila...!

JUA. Sí. Sonriendo forzadamente y marchándose primera derecha.

LEBO. Volviendo al proscenio después de acompañarla. Acariciándose el rostro cómicamente. Choca, Lebonnard! ¡Eres un hombrecito! ¡Estoy contento de tí! Pausa.
No cabe duda que las mujeres pertenecen a un orden inferior. . . En cuanto se les dan cuatro gritos, corderas. Canta a media voz. ¡Ah! çaira, çairá, çairá! No sabía yo este procedimiento...
Al ver a Roberto no puede contener un movimiento de terror que domina inmediatamente.
Roberto! . . ¡No importa! Ya, estoy decidido a todo...

ESCENA IX

LEBONNARD y ROBERTO

LEBO. Agresivo Te advierto que concluyeron mis debilidades. ¡ya era hora! y ni tu madre ni tú, ni... Transición. Bueno, déjame en paz; porque me digas lo que me digas será inútil.
Le vuelve la espalda.

ROB. ¿Qué te sucede?

LEBO. ¡Ah! ¿creí que sabías?

ROB. ¿El qué? . . Venía en busca de Juana.

LEBO. Aparte, sacando fuerzas de flaqueza. Tal vez este que antes parecía tan afectuoso, se ponga de mi parte. La ocasión es que ni pintada. Alto Oye, Roberto: ¿Qué dirías tú si supieras que un amigo mío, amigo querido y perfecto caballero, era hijo de un amor culpable, de un amor justamente condenado por la ley y por la moral?

ROB. La cosa es grave. . . sobre todo si hubo escándalo! Dándose importancia.

LEBO. ¡Imbécil! el escándalo nada importa. . . un poco de ruido... la comida de las fieras. Dándole el periódico Toma, entérate, antes que te lo cuenten corregido y aumentado.

ROB. Lee en silencio demostrando una tristeza y un pesar creciente, según avanza en la lectura. Lo siento por mi hermana! Arroja el periódico sobre la mesa, y se sienta.

LEBO. ¿Por qué? Ese hombre se casará con tu hermana.

ROB. Sorprendido y violentamente. ¿Cómo? ¿Serás capaz de introducir en tu familia á ese bastardo? Estás loco!

LEBO. ¡Ah! Con un grito ahogado. Pausa. Con dulzura y dominándose. Calla, hijo mío, no sabes lo que dices; calla, y considera lo que habré meditado antes de concederle un pedazo de mi corazón! El no debe ser responsable de un delito que su madre cometió; él no debe tampoco sufrir las consecuencias del ligero proceder de su padre: hubiera este abandonado a la adúltera sin dar pasto a las murmuraciones y habría evitado a su hijo las crueles amarguras, que no merece, convirtiendo su vida en calvario sin esperanza de redención. Solemne.

ROB. Encogiéndose de hombros Bueno: le conservaré mi estima personal, pero no toleraré que se case con mi hermana.

LEBO. ¿Que no tolerarás... tú? tú?... Conteniéndose nuevamente y cambiando de tono. Así pués, ¿quieres hacer víctima al inocente! Le regalas tu estimación y le quitas la felicidad! Esa conducta es indigna de un hombre culto.

ROB. Hay que someterse a. . .

LEBO. Hay que ser justo ante todo y sobre todo: No condenes a los que nacen de la culpa, condena a los culpables. Con voz dolorida.

ROB. Yo me apoyo en la ley dura e inflexible con los hijos ilegítimos, que los sacrifica, para no destruir el hogar santo, la familia honrada. . . ¡Nada más justo! Altivo y soberbio.

LEBO. ¡Ah! ¿Tú crees eso?

ROB. Y conmigo la conciencia pública que fortalece la ley.

LEBO. Yo también la respeto pero levanto mi voz contra ella cuando la siento desgarrar el alma

de un ser inocente. Ninguna ley impide que el vencedor tenga piedad del vencido. Arrogante.

ROB. Interpretamos el punto de muy distinta manera.

LEBO. Interrumpiéndole con energía irreductible. ¡Basta! ¡Basta! No admito interpretaciones! Y de hoy en adelante no olvides los consejos de tu hermana: trátame con más respeto. Te quejas de verme continuamente excitado; pues si procuraras complacerme, si me demostrases cariño filial, si te mostrases indulgente con mis defectos, con mi ignorancia, te querría aún más, de lo mucho que ya te quiero. Con infinita ternura y próximo a las lágrimas.

ROB. Conmovido. ¡Padre!

LEBO. ¿Qué me reprochas? ¿Ser avaro? ¡No pondré tasa a tu derroche! ¿Severo? ¡lo soy para contrarrestar tu dureza! ¿Débil?

ROB. Sí. con Juana a quien pretendes dar por marido un bastardo. Con fiero desprecio.

LEBO. Irguiéndose como herido por un rayo, levanta una silla y vá hacia él trágico.

¡Ah! Y... tú, eres un... un... ¡Ah! Conteniéndose. ¡Jesús!.. ¡Jesús!.. ¿Qué iba yo a hacer? Tapándose la boca y congestionado.

Se vá por primera derecha. Roberto queda profundamente sorprendido del arranque extraordinario. Levanta la silla que Lebonnard, tiró al suelo y se dispone a seguirle.

ESCENA X

ROBERTO y ANDRÉS

ANDR. Entrando puerta foro y tendiendo la mano a Roberto que, fingiéndose distraído, no corresponde al saludo.

¡Ah! ¿Usted? Venía a hablar con su padre de un asunto que a usted también interesa, mi querido Roberto. ¿Pero no quiere usted darme la mano?

ROB. Pensaba ir mañana a verle a usted para decirle lo que seguramente hará inútiles las entrevistas

de usted con mi padre; porque supongo que después de oirme... Impertinente.

ANDR. Pues ya que la casualidad le ha ahorrado la molestia de buscarme, le escucho. Sonriendo tranquilo.

ROB. Perfectamente. Hablemos como se habla entre hombres. He sabido que usted... sueña en casarse con mi hermana, contando para ello tan sólo con la voluntad de mi padre.

ANDR. Con altivez y frialdad. ¿Tan sólo?

ROB. Si señor; usted ha prescindido por completo de mi madre en tan importante asunto y ha de saber que sin su consentimiento, no se efectuará el matrimonio; matrimonio que no nos conviene y al que usted renunciará. Agresivo.

ANDR. Con tranquilidad. Planteada la cuestión en esa forma, le vá a ser a usted difícil, si no imposible, conseguir de mí lo que pretende.

ROB. Repito a usted que nos oponemos a su boda y que yo la impediré.

ANDR. ¡Usted! ¿Y quién es usted para mezclarse en estas cosas?

ROB. ¿Quién soy yo? Ya que usted aparenta ignorarlo, se lo diré! Yo soy el jefe de la casa y asumo tal prerrogativa, por que por mi desgracia, tengo un padre inepto. ¿Desea usted saber los motivos en que me fundo para oponerme a su matrimonio? Pues se los diré si a ello me obliga, aunque estimaré que no me obligue, por la índole delicada de la materia, que habríamos de juzgar.

ANDR. Con la frente muy alta pero entristecido. Es usted muy joven todavía para comprender ciertos problemas, y por consiguiente para juzgarlos en consecuencia; su edad de usted me pone a cubierto de las ofensas que trate de inferirme.

ROB. Concluyamos. Devuelva usted a mi padre la palabra que de él tiene.

ANDR. Aunque quisiera acceder, me lo impediría mi dignidad. Se dirige hacia la puerta.

ROB. ¿Dignidad? ¿Ha dicho V...?

ANDR. Volviéndose airado. Eso he dicho ¿Por qué lo pregunta?

ROB. Porque comprendiendo la oposición que naturalmente había de encontrar, ha procedido con cautela, valiéndose de su profesión para ganarse la voluntad de un viejo caduco, y el amor de una niña inocente.

AND. Tranquilo y con autoridad. No continúe usted... se lo ruego. Cuanto me diga, causándome honda pena por venir de usted, no logrará hacerme perder la serenidad, y sería cobardía continuar insultándome. No puedo contestar a usted como se merece, no puedo batirme con usted, porque es el hermano de la mujer a quien amo, por la que soy amado y de la que seré muy en breve esposo. Si antes consentí espontáneamente en aguardar á que ustedes decidieran, ahora no aguardo ya, me basta la palabra que tengo.

ROB. Con un movimiento de amenaza. ¡Ah!

AND. Encogiéndose de hombros. Es usted un chiquillo voluntarioso que no conoce más ley que su capricho. Tranquilícese usted y atienda un consejo. Después de lo que ha oído, comprenderá que lo más sensato es abandonar esa actitud agresiva completamente inútil. Y aparte esto, y como no encuentre usted—que lo veo difícil—razones más poderosas, tenga usted entendido que nadie influirá en el propósito de tres voluntades unidas, firmes y resueltas.

ROB. Como desafiándole. ¡Está bien... veremos quien puede más...

ANDR. Mirándole con desprecio.... ¡Beso á V. la mano! Váse.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

LEBONNARD y MARTA

LEBO. Con sombrero y bastón, intenta salir por la puerta del foro Marta le cierra el paso. Déjame salir.

MART. ¿Dónde va usted, señor?

LEBO. Donde a tí no te importa.

MART. Sí que me importa. Está usted fuera de sí. Nervioso. No salga usted.

LEBO. Impaciente. ¡Y dale! Estoy como siempre.

MART. No... tiene usted unos ojos que me dan miedo.

LEBO. Puede que creas que me he vuelto loco... Apaciguándose repentinamente. Pues te equivocas. Soy un desgraciado pero no estoy loco. Se sienta triste y reflexivo. Este silencio es de mal agüero... Esta calma chicha, barrunta tempestad... Ocho días sin ver al doctor Andrés... ¡ocho días! Levantándose bruscamente. ¡Corriente! puesto que la montaña no viene a mí, voy yo a la montaña. Concluyamos de una vez.

MART. Suplicante. No salga usted, señor, yo se lo ruego.

LEBO. Pero ¿por qué? ¡Me teneis secuestrado! Parece que todos conspiran contra mí y tú también.

MART. No diga usted eso... yo le aprecio a usted en lo que vale y soy incapaz...

LEBO. Entonces ¿por qué te obstinas en cerrarme el paso?... comprende que cuando quiero salir por algo será.

MART. Es que...

LEBO. ¿Qué?

MART. La señora... no tardará en decírselo a usted... el caso es que se les ha escapado hablar delante de mí y he oído...

LEBO. ¿Qué has oído?

MART. Cuando se tranquilice usted, se lo contaré todo... yo no me callo. Sepa usted por lo pronto, que la señorita Juana no ha ido con ellos a la iglesia, como querían, porque yo me las he sabido arreglar para que no fuese.

LEBO. Dando impaciente con el bastón en el suelo. No entiendo.

MART. Bajando la voz. Decían que ese predicador famoso que mete tanto ruído iba a hablar hoy de cosas que le pasaron al padre del señorito Andrés... ya usted sabrá... claro que sin nombrarle, pero... A un movimiento de Lebonnard. Calma señor, que cuando uno se amontona, no hace nada bueno; ahí vienen. Calma. Señalando hacia la puerta foro izquierda.

LEBO. Mostrándose tranquilo. La tendré. Y gracias por tus advertencias. Vete.

Váse Marta puerta derecha llevándose el sombrero y bastón de Lebonnard.

ESCENA II

LEBONNARD, el MARQUÉS, Sra. LEBONNARD, BLANCA y ROBERTO.

MARQ. Seguido de los demás por foro
Ya nos tiene usted de vuelta señor Lebonnard. Bien hizo usted en quedarse, porque hemos pasado un rato cruel.

LEBO. Pues y eso? Los invita a sentarse.

MARQ. Me rogó su señora de usted que las acompañase, —y lo he hecho con mucho gusto—... a oir el sermón de ese Padre misionero que está de moda... Habla bien... pero...

LEBO. ¿Y sobre qué ha predicado? ¿sobre la caridad?

MARQ. Algo ha dicho sobre ese punto, pero principalmente...

SRA. LEB. Acudiendo en ayuda del Marqués. Principalmente sobre algo que más nos interesa. Total; que el escándalo ha sido completo... decisivo.

LEBO. ¿Escándalo? Cuénteme usted...

SRA. LEB. En su plática ha combatido el divorcio...

LEBO. Bien hecho. Aunque en ocasiones, es un medio salvador.

SRA. LEB. ¿Qué dices?

LEBO. Nada. Pensaba en voz alta. Continúa.

SRA. LEB. Y luego en su discurso, con alusiones bien directas, ha referido un caso... en suma; la historia del doctor Andrés. ¡Oh! Cuando recuerdo que tú querías casarle con nuestra hija, siento escalofríos. Felizmente un misterioso instinto de madre, me guiaba al oponerme ...

LEBO. Continúa. Dolorosamente.

SRA. LEB. Continua tú, Roberto; yo estoy emocionada... emocionadísima.

ROB. Nada más; párrafos brillantes en los que ha relatado con santa elocuencia el proceso escandaloso, que siguió aquel padre caduco; marido burlado, para separarse de su esposa, acusándola de adulterio, y repudiando al hijo, fruto de la falta. Dirigiéndose directamente a Lebonnard. Tu héroe ha quedado muy mal parado. Con énfasis, como si predicase. ¡Rama podrida!

LEBO. Indignándose. Cristiana comparación.

ROB. Riendo. Mi futuro cuñado va a tener que andar como el judío errante.

LEBO. ¿Sí?

SRA. LEB. Y muy pronto. La superiora de San Pablo, de donde era médico, le despidió ayer. ¡Oh! en ese convento ejemplarísimo, no se transije en

cuestiones de moral. Pausa. Allí me eduqué yo.

LEBO. Con intención. Entonces lo sabrás por experiencia.

MARQ. ¡Lástima de muchacho! perder así un porvenir tan brillante.

ROB. ¡Pobre hombre! A su madre. Pero pongamos las cosas en su verdadero lugar: la superiora no le ha despedido; le hizo solo presentar la dimisión del cargo. Riéndose.

SRA. LEB. Esa aclaración te honra. Aunque sea como sea el efecto es el mismo. No logrará rehabilitarse.

ROB. Ni pensarlo.

LEBO. Lo siento por mi hija; porque ella ha entregado su corazón a esa víctima honrada, a quien se trata de inmolar... y

SRA. LEB. Víctima o no, le envuelve una aureola de infamia que caería sobre ella, y eso no puede ser, ¡y no será!

LEBO. ¿Infamia dices? ¿Pero cuáles son tus principios de justicia?

SRA. LEB. Querido esposo, mi justicia es la del mundo, que no se conforma con tu manera de pensar. Dí pues lo que quieras, porque tus opiniones no han de influir en mí. La justicia humana considera a los hijos dignos de estima o despreciables, según su procedencia.

MARQ. Conciliador Efectivamente; la ascendencia tiene una importancia social innegable; ciertas consideraciones no pueden dejar de influir... aunque...

LEBO. Pues mal las ha tenido usted en cuenta al conceder la mano de su hija a...

BLAN. Terminen ustedes ya esa controversia inútil. Padre mío, ni discutas ni cedas. Yo me atengo a las sabias doctrinas del predicador a quien he oido y ellas me guiarán. Puesto que mi felicidad consiste en casarme con Roberto y orgullosa he de llevar su nombre, con el mismo orgullo, rechazo un hermano político, como el que tratan de imponerme. Se podrá transigir

con un hombre obscuro pero no con tacha. Y mi determinación es irrevocable.

ROB. A Lebonnard. Ya lo oyes.

SRA. LEB. A Roberto y Blanca; mirando a Lebonnard, que permanece abstraido con la cabeza apoyada en las manos. Cederá. . . estén ustedes seguros. Lucha aún con sus ideas exaltadas. . . pero cederá.

LEBO. Para sí, mirando á Roberto. Si él supiera. . .

MARQ. Vamos, señor Lebonnard; sea usted razonable.

LEBO. Rojo de indignación. ¡Ah! si de mis labios pudiera salir lo que el pensamiento les dicta. ¡Justicia humana, hipocresía vergonzosa! ¡El convento ejemplar donde te educaste! En todo y en todos, la demostración de que el escándalo es mayor delito que el pecado ¿no es eso? ¿Quieren ustedes aprisionarme en las redes de una trama infernal hábilmente preparada? ¡Pues no! las romperé ¡y cuidado! ¡cuidado! ¡que peligrar pudiera el honor de mi familia! A Roberto y Blanca ¡vuestra felicidad! ¡cuanto halláse a mi paso! ¡Hija mía! ¡hija mía! Váse por derecha presa de viva excitación.

ESCENA III

Dichos, menos LEBONNARD

SRA. LEB. Está vencido. Le conozco. Con suficiencia.

BLAN. Pero nos queda Juana que es más difícil de someter.

ROB. Sobre todo si con ella empleamos la fuerza. Dejadme a mí. Lo que no se consiga por la dulzura y la persuasión, no se conseguirá de otro modo. Quedáos cerca, por si necesito que vengais en mi ayuda. Voy a llamarla. Acercándose a la puerta derecha.

SRA. LEB. Vengan ustedes.

Vánse todos, menos Roberto, por foro izquierda.

ROB. ¡Juana! ¡Juana!

ESCENA IV

ROBERTO y JUANA

JUA. Por primera derecha. ¿Qué quieres? Pero antes dime qué nuevo disgusto has ocasionado a papá.

ROB. ¿Yo? Ninguno. Ha sido lo que ocurre... lo que por todas partes se comenta.

JUA. Y que vosotros en vez de callarlo, aumentais piadosamente.

ROB. ¡Ah! ¿Lo sabes? ¿Y cuál es tu criterio?

JUA. Hacer más firme mi resolución de casarme con Andrés.

ROB. ¿Cómo?

JUA. ¿Me aconsejarías tú abandonarle en la desgracia?

ROB. Pero has calculado las consecuencias?

JUA. Y las arrostro sin vacilar.

ROB. No; no te has dado exacta cuenta. ¿Y yo?

JUA. ¿Tú! No comprendo: Explícate: ¿Acaso Blanca...?

ROB. Sí. Tu matrimonio destruye el mío.

JUA. ¿Crees a Blanca capaz... Enternecida y a punto de ceder ¡Oh! si así fuera...

ROB. Vivamente. Así será. Compadécete de mí.

JUA. Rehaciéndose. No. Me has hecho vacilar un segundo, pero vuelvo a ser dueña de mi voluntad. Estoy firmemente dispuesta a no sacrificarme por el mezquino egoismo de los demás. ¿Que Blanca te abandona? Pues en vez de lamentarlo, debes felicitarte, porque es prueba de que no te quiere: si te quisiera, haría lo que hago yo; despreciar obstáculos y oposiciones. Alégrate, hermano; sacrificándome por tí, ni tú ni yo hubiéramos sido felices: ahora vamos a serlo los dos.

ROB. ¡Estás loca! Soberbio.

JUA. Ni acepto consejos, ni soporto injurias: No olvides que soy tu hermana mayor. Pausa.

ROB. ¿Pero será posible que no cedas? ¿Que tu obstinación sea tanta, que destruya los ensueños que Blanca y yo habíamos forjado? ¿Qué razones buscar para convencerte?

JUA. Ninguna. Las que invocas, sólo me prueban tu refinado egoismo. Supón que en lugar de suplicarme tú, soy yo la que te suplico diciéndote. Amo—y también tengo derecho al amor —sacrifícate por mí, ¿qué harías?

ROB. Si se tratase sólo de mí, ¿pero y Blanca? ¿lo merece?

JUA. Repito que Blanca no te quiere.

ROB. ¿Por qué? ¿por su oposición? Nobleza obliga.

JUA. Su deber sería sobreponerte a todo. No te quiere, no; o no te quiere lo bastante. Cuando la suerte nos depara en la vida un compañero fiel, al que decidimos ligar nuestra existencia, debemos ayudarle en la lucha.

ROB. Aparte. ¡Ah! voluntad indomable!

JUA. No ha muchos días te oí sostener la necesidad de ser fuerte, de imponerse para conseguir el triunfo. Pues bien: siguiendo tus consejos, seré fuerte, me impondré.

ROB. Suplicante. Juana, hermana mía; en nombre del verdadero cariño que siempre nos hemos profesado...

JUA. No temas que lo olvide, ni que nuestras diferencias lo amengüen.

ROB. Hasta ahora ni la más pequeña sombra lo había empañado.

JUA. No soy yo, quien menos ha puesto de su parte para conseguirlo.

ROB. ¡Por nuestra madre!

JUA. Quizá consiguieses más, pidiendo en nombre de nuestro padre.

ROB. Aparte. Su tenacidad me desespera. Separándose de Juana que se ha sentado triste y reflexiva. Pausa. Aproximándose a Juana. ¿Quieres hablar con Blanca?

JUA. ¿Para qué? Nada podrá decirme que tú no me hayas dicho,

ROB. Sí; voy á llamarla.

JUA. No.

ROB. Déjame. Puede que ella consiga de tí más que nosotros.

Juana continúa abismada en sus reflexiones. Roberto, que habrá hecho mutis, vuelve acompañado de Blanca, cambia con ella una mirada de inteligencia y hace mutis de nuevo por puerta foro izquierda.

ESCENA V

JUANA y BLANCA

JUA. ¿Vienes como amiga?

BLAN. Naturalmente. ¿Como podría acercarme a tí de otra manera?

JUA. ¿Estás conmigo o contra mí?

BLAN. Estoy contigo... pero en contra de tu matrimonio.

JUA. Mal se avienen las dos cosas. Dí más bien entonces que estás en contra mía.

BLAN. Sí, aunque yo no tengo derecho alguno para intervenir en tus asuntos.

JUA. Casi con desesperación. Ya lo sé. Has renunciado a hacer la felicidad de Roberto.

BLAN. ¿Sabes, Juana, que la dulzura te sentaba mejor?

JUA. No confundas. Mi energía es superior a la vuestra, porque a mí me la dá el amor y a vosotros el odio.

BLAN. Vamos con calma. Apenas conoces a ese joven, no has tenido tiempo de estudiarlo; crees que le amas y debes reflexionar serenamente si lo que juzgas amor, no estará inspirado por un sentimiento distinto; la compasión por ejemplo. Entre lo sublime y lo ridículo, media un espacio insignificante.

JUA. ¿Sabes tú desde cuando he podido apreciarle y quererle?

BLAN. Con desdén. Desde que te recetó por primera vez.

JUA. Enérgica. Desde entonces. Ahí tienes que detalle

más nimio, y sin embargo cuánta es su influencia. Desde que la fiebre me abrasaba; desde que tuve a la muerte cerca, muy cerca. El combatió mi enfermedad, él me ayudó á sufrir mitigando mis dolores... La miseria de un cuerpo, purificó dos almas y así, enferma, casi, casi moribunda, se enamoró de mí...

BLAN. Sonriendo irónicamente. Todo eso es muy poético.

JUA. Declarada mi enfermedad contagiosa, madre, hermano, amigos, huyeron de mí. Sólo Marta, mi padre y el médico,—un desconocido la víspera—quedaron firmes en sus puestos de peligro; entre los tres, él caudillo, ellos soldados, lucharon heroicamente en la penumbra de la alcoba, conquistando palmo a palmo su terreno a la muerte, y me devolvieron la salud y con ella la vida.

BLAN. Sí, es verdad; pero nos alejamos de nuestra cuestión. ¿Tú no has pensado que si te casas con ese hombre te encontrarás aislada?

JUA. Me quedarán los buenos amigos, si hay alguno.

BLAN. Gente sin posición, sin importancia.

JUA. Despreciables según tú, dignos de mayor estimación seguramente que los otros.

BLAN. Para todo tienes respuesta, pero al fin entrarás en razón. Se trata de tu hermano; se trata de mí.

JUA. ¿Y de mí no se trata?

BLAN. Sabes que le amo.

JUA. Demuéstralo, casándote con él.

BLAN. Desiste tú de casarte con ese hombre.

JUA. No amas á Roberto. Inquiere a tu vez si el sentimiento que llamas amor no es de otra naturaleza. ¿Tienes por ventura algo de qué acusar a Roberto? ¿Qué falta ha cometido? ¿No es el mismo que era? ¿Ha cambiado porque yo vaya a unirme con un hombre perseguido por la desgracia, pero digno? A él se lo dije, y a tí te lo repito. No, no le amas.

BLAN. Pertenezco a una familia de rancia nobleza y no puedo aceptar vínculo que, directa

o indirectamente, manche el nombre de mis antepasados.

JUA. Sólo un orgullo desmedido puede hacerte hablar así.

BLAN. Hay que huir del escándalo que agrava el crimen.

JUA. Basta con que huyas del criminal.

BLAN. No sólo de él, sino de su raza entera.

JUA. Con una especie de piedad, entre desdeñosa e irritada. Comprendo que es imposible inculcar en tí, ideas que no comprendes. En vuestro espíritu no ha entrado la luz; no ha podido penetrar la verdadera justicia, como no ha podido penetrar tampoco el verdadero Dios. Ni creeis ni pensais! No teneis más fe que el temor al castigo, no practicais más caridad que la dádiva de algunas monedas al harapiento que os importuna en la calle; y cuando mascullais en la iglesia, plegarias que os facilita el libro de rezos... arrodillados — por costumbre—, ante la imagen de Cristo, no comprendeis que murió clavado en aquella cruz, por redimir al mundo.

BLAN. Disponiéndose a marcharse. ¡Adiós!

JUA. Aguarda, que no hemos terminado.

BLAN. Has querido darme una lección... guárdala para quien la necesite. Medio mutis.

JUA. Con acento de sincera ternura. Si te he ofendido, perdóname: te lo suplico. Perdona y olvida que yo también olvidaré.

BLAN. Blanca D'Estray ni perdona ni olvida. Mi padre y yo saldremos para siempre de esta casa.

JUA. ¡Oh! el orgullo satánico! ¡el orgullo por única razón! Suplico, ruego, y me contesta el orgullo. Escucha, Blanca, cuando se ve con egoismo tan profundo, oponer al amor los títulos de nobleza, la sangre hierve y se siente orgullo por orgullo; el de pertenecer al pueblo, a ese pueblo que lleva en el corazón sus títulos de no-

bleza y es más soberano y más grande que vosotros.

BLAN. En nombre de los míos te contesto que esas palabras no nos ofenden. Sabemos despreciar.

JUA. Yo, sólo compadecer.

Las dos hacen un movimiento como para sep rarse de nuevo, pero Blanca a punto de marcharse se vuelve de nu vo.

BLAN. Juana! Si sabes compadecer, compadécete de mí. He tenido que violentarme para aparecer insensible a tus argumentos que han producido trastorno en mi espíritu y confusión en mis ideas, en esas ideas nacidas al calor del hogar, que después la educación ha desarrollado y con las que no me es posible romper. Ten piedad de mí, Juana! ten piedad de mí! ¡que ya no puedo más!

Vá a salir, pero en este momento entran la Sra. Lebonnard y el Marqués. ¡Dios mío! Llorando cae en los brazos de su padre.

ESCENA VI

Dichas, EL MARQUES. SRA. LEBONNARD y ROBERTO

SRA. LEB. A Juana. Esto quiere decir que persistes en tu insensata determinación?

JUA. Enérgicameute. Sí. Váse por primera derecha. Pausa.

MARQ. Secamente a la Sra. Lebonnard ¿Nada hemos conseguido?

SRA. LEB. Nada. Ya lo ve usted.

MARQ. A Blanca. Vámonos. Esto ya es demasiado!

Blanca cae sobre una silla. El Marqués y Roberto la atienden.

ESCENA VII

Dichos y LEBONNARD

LEBO. Dentro óyese la voz de Lebonnard.

¿Quién ha hecho llorar a mi hija?

SRA. LEB. No culpes a nadie. Tus imprudencias y tu obstinación, son la causa de todo.

ESCENA VIII

Dichos y ANDRES

ANDR. Entra rápidamente por la puerta foro izquierda dirigiéndose resueltamente a Lebonnard. Blanca al verle se levanta.
Perdone usted que no respete las órdenes dadas a los criados.

LEBO. Mirando fijamente a su mujer. Por lo visto se ha tratado de impedir a usted la entrada en mi casa?

ANDR. Pero forzando la consigna aqui estoy.
Al Marqués que con Blanca se dispone a salir.
Señor Marqués quédese usted; deseo que todos oigan lo que vengo a decir. A Lebonnard.
Desde este momento queda usted relevado del compromiso que conmigo contrajo. Renuncio bien a mi pesar, al honor de ser su yerno, obligado por motivos poderosos, que no dependen de mí efectivamente; pero cuyas consecuencias me corresponde a mí solo sufrir. Cuando concertamos la boda, creí que habría de merecer la aprobación unánime de la familia; pero no siendo así, y para evitar los disgustos y contrariedades que pudiera acarrear mi insistencia, me retiro, sin guardar el menor asomo de rencor.
Lebonnard queda consternado, y Andrés saluda y se dirige a la puerta.

MARQ. Adelantándose hacia Andrés.
La conducta de usted es la que corresponde a un caballero, porque, por muy sensible que ello sea, es forzoso ceder ante las consideraciones sociales. Mis años y mi experiencia, me permiten apreciar todo el alcance del paso que acaba usted de dar, y lo apruebo rogándole a usted que acepte el testimonio de mi consideración.

ANDR. Agradezco a usted sus bondades, señor marqués; pero debo hacerle presente que para estar satisfecho de mis actos, no necesito otra aprobación que la de mi propia conciencia.

LEBO. Conmovido, deteniendo a Andrés.
Una sola advertencia. A pesar de cuanto usted me ha manifestado, yo continúo estimándole a usted como el prometido de mi hija; y como único dueño y jefe, de esta casa, la pongo a su disposición para cuando guste usted venir a honrarla.

ANDR. Gracias, señor Lebonnard.

LEBO. Hasta cuando usted quiera.

Andrés saluda y váse puerta foro izquierda.

ESCENA IX

Dichos, menos Andrés.

BLAN. Adiós, señora; adiós, señor Lebonnard; Roberto, contigo se queda mi alma, pero estoy resuelta. Dirigiéndose al foro.

ROB. ¿Qué debo hacer? Al Marqués.

MARQ. Ahora sería inútil cuanto se intentase. Esperemos. Váse con Blanca puerta foro izquierda. Pausa.

ROB. A Lebonnard, fuera de sí. Gózate en tu obra!
Hace mutis primera derecha.

ESCENA X

LEBONNARD, Sra. LEBONNARD

LEBO. Con sorna. ¡Imbécil! Ellos proponen y yo dispongo.

SRA. LEB. ¡Muy bien! Tus proyectos y los míos desbaratados y te quedas tan satisfecho. Roja de ira.

LEBO. Que se ha sentado cerca de una mesa de la derecha, leyendo un periódico. Naturalmente, como que no pierdo nada.

SRA. LEB. ¿Que nó?

LEBO. ¡Claro. Juana se casará con el doctor y todos los que ahora se oponen, empezando por tí, celebrareis la boda.

SRA. LEB. ¿Yo? ¡Nunca! Dedicar mi vida entera a crearme una reputación intachable persiguiendo un fin: emparentar con la nobleza, y al ver que de improviso todo el castillo de mis sueños se desmorona, contribuir yo con mi consentimiento. ¡Nunca!

LEBO. Siempre tranquilo. Pues con tu consentimiento o sin él, repito que el matrimonio se realizará.

SRA. LEB. Y yo te digo que no.

LEBO. Levantando la cabeza y con plácida sonrisa. Soy el amo y ordeno.

SRA. LEB. ¡El amo! ¡Ah! Todas tus energías las reservabas sin duda para esta empresa temeraria, pero aunque tenga que separarme de tí, aunque tenga que hacer la mayor de las locuras, no me someteré a tu voluntad.

LEBO. ¿Separarte de mí? ¿Ahora? ¡Muy gracioso! La separación con que ahora me amenazas no me inquieta. Pasaron para no volver, los tiempos en que me asustabas con tus gritos. Entonces cedía para evitar a toda costa los escándalos; *a toda costa* ¿te enteras? y tu voluntad imperaba sin dique que se la opusiera. Pero mi hija está próxima a casarse y ya no me importa nada, de nada. Será la esposa de un hombre honrado ¿qué más podía desear? Pausa. Se levanta, cierra la puerta del foro y la de la derecha y se dirije a donde está su mujer, que despreciativamente y volviéndole la espalda, se habia sentado en una de las butacas del mirador ¡Callé por ella! ¡Temblé ante tí por ella! y por ella también ¡sólo por ella! soporté que tuvieras un amante.

SRA. LEB. Levantándose, estupefacta, aterrada. ¡Qué has dicho!

LEBO. Pues que he sido buen padre, pero no un marido complaciente ¡eso no! tú habrás creido lo segundo... porque es mas corriente, pero no era así.

SRA. LEB. ¡Qué infamia! Repite, repite. . . eso. . . lo que

hayas dicho, porque no me atrevo a creer que he oido bien.

LEBO. Avanzando hacia ella, asombrado. ¡Qué espanto! ¡Tu audacia no tiene límites! ¡Qué hipocresía y qué cinismo tan inmensos! Al morir tu noble amante, el Conde de Saint Aubly adquirí la certeza de tu falta... cuando tus lágrimas corrían, por él, sin recato, haciéndo correr también las mías... las mías, sí; lágrimas, que me hacía verter el infortunio, y que yo ocultaba para no morirme de vergüenza.

SRA. LEB. Tratando de hacerse fuerte y no atreviéndose a mirar a su esposo. No sabes lo que te dices.

LEBO. ¿Y escudada por la virtud pretendes que no rompa mi silencio peligrando la felicidad de la hija por quién me impuse el sacrificio? No lo esperes.

SRA. LEB. Perdida ya, haciendo frente al peligro. Tu acusación es insensata, pero aun suponiendo que algún fundamento pudiese tener, no admite comparación la mujer que faltó a sus deberes por debilidad, culpable, sí; pero sólo por amor, con la que públicamente recibió la afrenta de escuchar de labios de su esposo: «Ese hijo no es mío, es de tu amante».

LEBO. Casi al oido de su mujer y con voz sorda y trágica. Y si yo como aquél esposo, no he dicho lo mismo públicamente, puedo decirlo, porque tu crimen es el mismo que condenas.

SRA. LEB. Anonadada y no atreviéndose a mirarlo. ¿Supones?

LEBO. No supongo: sé.

SRA. LEB. ¿Qué sabes?

LEBO. A su oído. Que Roberto... Levantando el puño como si fuera a pegarla, lo deja caer sobre si. ¡Desgraciada!

SRA. LEB. ¡Mentira! ¡Mentira!

LEBO. ¡Házte cargo de lo que habré sufrido!

SRA. LEB. ¡Pero quién ha podido decírtelo!

LEBO. Hace quince años que poseo la prueba. Como ves mi herida no es reciente. Una carta extraviada traicionó tu secreto. ¡Quince años de

torturas, día tras día, considerado como marido ridículo, ciego, imbécil! o... consentido... Mi abnegación santa, de padre, sirviendo de mofa a todo el mundo... ¡Ah! pero llegó mi revancha. Tu hijo y tú, habéis reido bastante de este pobre hombre... ¡no reireis más! Puesto que se me reta, puesto que se me obliga, conformes: Juana, mi única, mi verdadera hija, conmigo, aparte; tú quédate con él, con el hijo del otro... ja ja... ¡¡del otro!!

SRA. LEB. Eso es horrible!

LEBO. Cogiéndola por las manos y sacudiéndola. ¡Horrible!.. El qué? ¿Qué? ¡Tu falta!.. tu liviandad!.. Levanta ahora la frente... grita... invocando esa ley brutal que castiga al inocente y deja impune a la mujer adúltera... Miserable! Y no te ahogo? No, te..? ¡Ah! qué asco de mujer! La arroja violentamente sobre una butaca. En este instante entra Roberto.

ESCENA IV

Dichos y ROBERTO

ROB. Entrando impetuosamente. ¡Madre mía! ¿Que te sucede? ¿Quién la ha ofendido?

LEBO. Pregúntaselo a ella. Se sienta temblando de emoción.

ROB. Estrechando a su madre entre sus brazos. ¿La has amenazado tú? ¡Tú! ¿Por qué? ¿Es esa la bondad de que blasonas? ¿Es esa la energía que en tí se ha despertado para ejercitarla con una mujer indefensa! Sospecho por qué son vuestras querellas y cumpliré con mi deber, haciendo respetar mis sagrados derechos.

Lebonnard sentado escucha a Roberto procurando dominarse, y poco a poco toma la actitud de un hombre dispuesto a lanzarse sobre su adversario.

LEBO. ¡Calla, calla!...

ROB. No callaré. Siempre he dudado de tu bondad y veo que no me equivocaba. De haber tenido

valor, que es lo que te falta, hubieras cometido mayores violencias.

LEBO. Roberto, ¡basta ya! Calla, calla! Que no puedo más!

ROB. Tratas de imponer tus caprichos sin consideración, causando la desgracia de cuantos te rodean y al no encontrarlos solícitos a secundarte, el débil se torna en fuerte. Falta de valor dije, no; es algo más, es... cobardía!

Lebonnard, que durante todos los apóstrofes de Roberto ha tratado de interrumpir, hablando al mismo tiempo, ya enérgicamente, ya suplicante con frases ininteligibles y entrecortadas, al oir el último insulto, se lleva las manos a la cabeza, como si en ella hubiera recibido un mazazo, y erguido, trágico, coje a Roberto, por las solapas de la americana y zarandeándole brutalmente, le dice la palabra «bastardo» con furia, con fiereza salvaje y lo arroja en una de las butacas de la derecha.

LEBO. Ah! canalla!! ¡Bastardo!!!

ROB. ¡Qué has dicho padre?

Se tapa la boca como para ahogar la palabra que al fin se le ha escapado. La Sra. Lebonnard cae desvanecida. Roberto apoya sobre las manos la cabeza y llora, mirando a su madre.

LEBO. ¡Yo no soy tu padre! ¡no lo soy! ¡bastardo! ¡Vete, vete! No quiero verte más! ¡no quiero oirte! Por cobardía, sí, te he llamado hijo sabiendo que no lo eras; por cobardía he sufrido tus injurias cuando con una sola palabra podía destruirte.

ROB. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LEBO. Hijo del Conde de Aubly, a quién todos consideran como Roberto Lebonnard, merced a la *cobardía* de un pobre viejo. Sal de mi casa.

ROB. Sollozando. ¡Madre! ¡Madre!

LEBO. Nada hay de común entre nosotros. Odiándome, adivinabas que mi sangre no corría por tus venas. Ahora díme con qué título podrás constituirte en el celoso defensor de la honra de mi familia. Yo sólo tengo una hija, Juana; hay que respetar su voluntad y la mía. A vosotros, el hermano ingrato y la esposa adúltera sólo os toca obedecer... y callar...

Va a salir y se detiene al oir los sollozos de Roberto, exclamando como poseido de una rabia salvaje.

Ríe, ríe ahora como tantas veces has reído.

Llora. Ya eres noble; ya no eres hijo mío... Abre las ventanas de par en par, díselo a todos... Proclámalo a voces citando en tu apoyo las leyes y derechos que invocabas... las virtudes de la familia honrada sin mancha... pura como el armiño. Ahí tienes tu familia... tu honrada familia... fam...

Tambaleando, próximo a la congestión. Roberto trata de levantarse y cae como muerto, la señora Lebonnard continúa desmayada.

TELON RAPIDO

EPÍLOGO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

LEBONNARD y MARTA

LEBO. Suplicante a Marta que está junto a la puerta primera derecha Vamos no seas inhumana... déjame que le vea un instante. Hace ocho días que ando de un lado para otro como alma en pena... ya sé que le causo miedo.

MART. Sí...

LEBO. Pero si está dormido.

MART. Rechazándole cariñosamente. El doctor dice que ya no hay cuidado, pero aguarde usted que él le permita verle... ahora saldrá... yo no me atrevo sin su permiso, porque Roberto está muy débil... se ha quedado hecho una pavesa.

LEBO. ¿Será posible que yo, que no he hecho nunca mal a nadie, haya llegado a ser tan peligroso?

MART. Con lamentaciones nada se consigue. Todo se arreglará, ya lo verá usted.

LEBO. ¡Arreglarse! ¡Imposible! ¿Cómo hacer que él ignore lo que yo mismo le he dicho?

MART. Pero Juana y la señorita Blanca nada saben; por eso digo que todo se puede arreglar.

LEBO. ¿Tú crees? ¡Ah! si hubiese manera de volver sobre los hechos! ¡si yo pudiera borrar lo pasado!

MART. Sí. Roberto ha cambiado mucho, no tiene usted idea. Después de aquel accidente, del que creímos que no salía, la soberbia que le dominaba se acabó. Tendido en el suelo partían el corazón sus sollozos, la señora gritaba: ¡un médico! ¡mi hijo se muere! pero él abrazado a mí no me dejaba, balbuceando con voz débil, que ahogaban las lágrimas: ¡Es mi castigo! ¡es mi castigo!—¡un médico por Dios!—repitió la señora. ¡Sí; sí! ¡Que venga el doctor Andrés! ¡ese... ese! dijo Roberto pronunciando en su delirio cien veces el mismo nombre. ¿Comprende usted señor, lo que esto significa? Llamar al doctor Andrés, es consentir lo que antes no quería. Su desgracia le ha hecho bueno.

LEBO. Llorando. ¡Pobre hijo mío!

MART. Cuando le he velado por las noches, le sentí dar vueltas agitado, nervioso, y, aunque su madre estaba allí, me llamaba y apretujándome me decía: ¡Ay Marta, cuántas penas ocasiona el vivir, cuando se ha llegado a ser hombre; déjame que me haga la ilusión de ser niño todavía... cántame; canta, como cuando mecías mi cuna, y yo cantaba, señor, mis viejas canciones, y al arrullo de mi voz, cascada y vieja, como ellas, volvía el sueño a sus cansados ojos.

LEBO. ¡Qué hacer! ¡Qué hacer! ¿No se te ocurre nada?

MART. Yo creo que si trajese usted a su prometida, a la señorita Blanca... hablando ellos sería el remedio más eficaz.

LEBO. Me asusta el desmedido orgullo de esa jóven.

MART. Déjese usted de orgullos cuando el amor anda por medio. Cederá. Además, su padre, el señor Marqués, que es buena persona, la aconsejará de seguro.

LEBO. Tienes razón. Voy corriendo a buscarlos.

A Marta, estrechándole la mano. ¡Ah! Marta. Tú pareces la verdadera madre! Al ir a marcharse entra Juana por el foro.

ESCENA II

LEBONNARD, MARTA y JUANA

JUA. ¿Se fué el Doctor?
MART. No; aún está ahí.
JUA. ¿Cómo le encuentra?
LEBO. Mejor, mucho mejor, según dice Marta.
MART. Pregúntale tú. Aquí viene.

ESCENA III

Dichos y ANDRES

JUA. A Andrés que sale por la derecha. ¿Cómo sigue?
ANDR. Perfectamente, y en prueba de ello se está levantando, y le permito que salga de su habitación.
LEBO. ¡Magnífico! Muy contento.
JUA. El Señor ha escuchado mis oraciones.
LEBO. Reflexionando. ¿Conque va a salir... Bien... Vamos, Marta. Váse con Marta por el foro.

ESCENA IV

JUANA y ANDRES

ANDR. Renazca en usted la tranquilidad, puesto que todo peligro pasó en absoluto. Nada ha hecho la ciencia; la causa del sufrimiento era moral, y la reacción se ha producido por sí sola. Indudablemente algún grave motivo determinó tan profundos trastornos, y usted debe conocerlo.

JUA. Mirando al espacio con ojos tristes y fijos en un punto indeterminado. Algo grave, espantoso, sí; pero lo ignoro también.

ANDR. En sus palabras, en su actitud, me parece ver que ese algo, desconocido, tiene conmigo relación directa. Quizá su madre de usted se habrá convencido...

JUA. No, Andrés, no: mi madre no retrocederá ante nada. Debemos sacrificarnos.

ANDR. Sí; es verdad.

JUA. ¿Duda usted de mi amor?

ANDR. ¡Cómo he de dudar! Perdóneme usted Juana! Debiera ser felíz porque la veo, la oigo, escucho su voz que me anima, que me consuela y yo necesito que penetre en mi alma, en esta pobre alma donde no llegó jamás el eco de una voz amiga.

JUA. Demasiado sé qué palabras de consuelo necesita usted oir y las oirá siempre aunque estemos lejos el uno del otro!

ANDR. Lejos!.. lejos! Vuelvo a la realidad soñada otra vez y mis quimeras se desvanecen... despierto solo.

JUA. ¡Quién sabe!

ANDR. Nunca será usted mía!

JUA. ¿Y por qué ese nunca desconsolador? El porvenir es nuestro. ¿Quién sabe si no está próximo el día en que Roberto y Blanca, aleccionados por el dolor, sean los mismos que nos unan? Tengamos esperanza.

ANDR. Radiante de felicidad. Sí; quiero tenerla. Yo era un vencido abandonado en el campo y usted llega a mí como hermana de la caridad y seca el sudor de mi frente y me conforta. ¿Qué bálsamo bienhechor ha derramado usted sobre mis heridas. Viéndola llorar. ¡Ah! tus lágrimas.

JUA. Sí; sécalas tú que no son lágrimas de despedida, no dicen adiós, sinó espera... espera...

Andrés la besa. El Marqués entra por el foro y los contempla sonriendo.

ESCENA V

Dichos y El MARQUES

MARQ. ¿Conque Roberto se encuentra mucho mejor?

JUA. ¡Ah! Sorprendida.

ANDR. Sí, y muy pronto estará completamente restablecido.

MARQ. Lo celebro. Su madre de usted acaba de decírmelo, pero temía que su buen deseo la engañase.

ANDR. Pues es rigurosamente exacto. Yo respondo. Saluda a Juana y al Marqués y váse por el foro.

MARQ. Roberto me ha mandado llamar para hablarme de un asunto urgente, y aquí estoy a sus órdenes. ¿Tiene usted la bondad de avisarle?

JUA. Voy, señor Marqués; pero antes ruego a usted si no es indiscreción preguntárselo, que me diga si su visita obedece a lo que ha debido ocurrir en esta casa, anormal y extraordinario y que se me oculta por todos.

MARQ. Con mucho gusto complacería a usted, pero nade sé respecto a lo que usted me habla, señorita.

JUA. Dispense usted entonces mi pregunta. Voy a avisar a Roberto. Váse por primera derecha.

ESCENA VI

MARQUES y luego ROBERTO

MARQ. Encendiendo un cigarro. Como Blanca, nada sabe, afortunadamente, no se han enterado. Preferible es que ignoren... ¡Pobre madre! ¡Cuánto debe haber sufrido! y qué sorpresa la suya al conocer que yo también poseía su secreto. La justicia divina, implacable, impone dura expia-

ción a las faltas cometidas. ¡Ah! mi enhorabuena! Viendo entrar a Roberto. Su decaimiento es grande. La tristeza invade su rostro aunque se nota la energía que desarrolla para dominar su sufrimiento. La composición del tipo ha de cuidarse con gran delicadeza.

Querido Roberto celebro su mejoría de la que ya no cabe dudar.

ROB. Gracias, señor Marqués, y gracias al mismo tiempo por haber venido. Sólo a usted podía acudir y era forzoso que acudiera antes de tomar una resolución de gran importancia.

MARQ. Escucho, pero debo prevenirle de que estoy al tanto de todo lo ocurrido. Sé cuan rudo ha sido el golpe y aprecio la magnitud de su dolor. Ea, ánimo; todo pasará; estoy seguro. Ahora hábleme usted como a un viejo amigo, sincero, leal, y que le quiere a usted de corazón. Estrechándole las manos con efusión.

ROB. Conmovido. Gracias, señor Marqués. Pausa. Quiero sentar plaza; quiero ser soldado.

MARQ. ¡Bah! ¿Y por qué tamaña locura? ¿Por qué esa solución hija de un romanticismo exaltado?

ROB. Porque un soldado tiene siquiera seguridad de su honor, que es el honor de su patria. Yo le suplico a usted que apruebe mi resolución y la apoye. Tiene usted gran influencia con mi madre y la convencerá. De sobra comprende ella y usted, que yo no puedo continuar en esta casa, donde no soy nadie; donde moriría de vergüenza. Sólo en usted confío para lograr que mi madre se resigne y que... *su marido* dé el consentimiento.

MARQ. Pero...

ROB. Estoy decidido.

MARQ. Sin embargo, debiera usted reflexionar; creo que se precipita usted demasiado.

ROB. No; lo he pensado mucho durante mis noches de insomnios, y es el único camino que puedo seguir. ¿No dice usted que es amigo mío?

MARQ. Sin duda alguna...

ROB. ¿Y cree usted que yo puedo sufrir semejante... ¡Ah! la palabra se resiste a que la pronuncien los labios. Yo no tengo familia... Soy un bastardo! ¿Puedo aspirar a casarme con Blanca? ¿Y aún me dice usted que reflexione? Sollozando. Para mí no hay ni reflexiones, ni consejos posibles; sólo la desesperación.

MARQ. ¡Ah, corazón valiente! Déjame que te abrace; En tu noble proceder reconozco la raza a que perteneces. Y puesto que no eres de esos pusilánimes que tiemblan ante la desgracia o ante la muerte; puesto que tu voluntad te proteje y te escuda, yo te diré todo lo que tienes derecho a saber. Escucha. Se sientan. Es una historia de soldados: yo lo fuí en tiempos. Me batía allá abajo, y conmigo, junto a mí, un compañero de armas, más aún; un hermano, que para mí no guardaba secretos. El Conde de Saint Aubly; bueno entre los mejores. Una bala traidora le hirió; acudí en su socorro, le transporté a la posada del cercano pueblo, y allí sintiéndose morir, me transmitió su última voluntad. Una historia de amores que yo conocía; una de esas aventuras a que los hombres se lanzan ciegos sin meditar sus consecuencias; un hijo como resultado de aquellos amores. Respondiendo a un movimiento de Roberto. Sí, tú, Roberto. «La muerte se apodera de mí — añadió tu padre — pero aún me queda tiempo de pensar en *él*. Es mi hijo, a pesar del nombre que lleva; llegará un día a ser hombre y quiero que sea digno de mí, te lo confío; cumple con él los amantes deberes que yo no puedo cumplir. Por testamento te lego mi fortuna entera; tú se la entregarás; es para él; y si sabe conquistar y merecer el amor de tu hija, dásela también; con esa esperanza muero feliz. Una sonrisa iluminó su rostro; y fué la última.

ROB. ¡Ah, señor! Emocionado.

MARQ. ¿Comprendes por qué te dije que no se había perdido todo?

ROB. Sí. ¿Cómo vencer en la lucha entablada?

MARQ. Cuenta conmigo que te defiendo. Blanca será tu esposa siguiendo su inclinación y mis consejos; pero nada le digas de cuanto me has oido.

ROB. ¿Engañarla? ¿Por qué?

MARQ. Qué te importa!

ROB. Pero ¿por qué?

MARQ. Porque ese secreto no te pertenece; me lo confió un amigo del alma y debe quedar entre nosotros. Además, resultaría inútil revelarlo.

ROB. Sea. Pero insisto en marcharme de aquí.

MARQ. Bien. Aléjate algún tiempo... Por lo que respecta al Doctor, se casará con tu hermana. Blanca consentirá.

ROB. ¿Se lo ha dicho a usted?

MARQ. No, pero... estoy seguro.

ROB. Me devuelve usted parte de mi vida... Si un nuevo desengaño viniera... no lo podría soportar.

MARQ. ¡Qué obstinación!.. Cuando yo lo afirmo... Blanca consentirá en todo... si yo consiento. ¿Quieres más?

ROB. No, no. Gracias, gracias.

MARQ. Yo hubiese preferido para Juana algo mejor, pero Andrés vale mucho. Ha conseguido mi estimación completa. Es... *una honrada víctima,* como diría Lebonnard.

ROB. Es... lo que soy yo.

MARQ. Conformes. Puedes estar tranquilo. Viendo aparecer a Lebonnard. Lebonnard. Vete.

ESCENA VII

Dichos, LEBONNARD y MARTA, por el foro.

LEBO. A Marta. Cuida de que Roberto no salga.

Marta cruza la escena y váse por la derecha. Los ojos de Roberto y de Lebonnard se encuentran. Roberto váse. Lebonnard mueve la cabeza demostrando profunda aflicción.

MARQ. Aparte. Aquí está mi hombre. Extraña mezcla de debilidad y de energía.

ESCENA VIII

MARQUES y LEBONNARD

LEBO. De su casa de usted vengo; necesitaba hablarle.

MARQ. Y yo a usted. Con brusca severidad. La situación de Roberto nos preocupa a todos.

LEBO. Asombrado. ¿Le ha dicho a usted?

MARQ. Si; todo.

LEBO. ¡Ah!.. no puedo por menos de sorprenderme.

Invita al marqués a sentarse y ambos lo hacen junto a la mesita de trabajo, en el mirador.

¿Qué fin se propone?.. En vez de ocultar el pasado darle a los cuatro vientos ¿a qué conduce? Yo quise castigar su soberbia, pero no deshonrarle...

MARQ. Le creo a usted y sin embargo...

LEBO. ¿Y Blanca sabe también?..

MARQ. Nada!

LEBO. Entonces no será obstáculo para la boda lo sucedido?

MARQ. Roberto sufre tan sólo en su dignidad ofendida y quiere — mejor dicho — se vé obligado a abandonar esta casa... a marcharse muy lejos.

LEBO. ¿Cómo? Dejar a su madre? a Marta? a... a su hija de usted? Marcharse lejos, solo... sin nosotros... sin ellas? Yo nada puedo decirle, pero los consejos de usted, señor, podrán influir en él..!

MARQ. ¡Oh! mis consejos tienen que ser favorables a su determinación. Todas las ilusiones de su vida, cayeron deshechas por usted al revelarle el terrible arcano; no me corresponde a mí

juzgar el hecho, pero las palabras de usted, a quien tuvo por padre hasta aquel momento, fijas quedarán en su corazón; difícilmente podrá olvidarlas. Debe partir, y yo tengo el encargo de pedir a usted lo preciso para realizar sus planes... su consentimiento de usted. Mirándole fijamente.

LEBO. Con repentina alegría, ¿Lo preciso? ¿lo indispensable? Pues bien, lo niego.

MARQ. Asombrado. ¿Que lo niega usted? Es que Roberto lo exigirá; es la única solución que le queda y así se verá usted libre de él.

LEBO. ¿Libre de él ha dicho usted? ¿libre yo?.. Pero si le quiero... le quiero con toda mi alma. En los quince años transcurridos desde que supe quien era, sólo ha recibido de mí, demostraciones de cariño. El otro día por primera, por única vez, le traté inhumanamente... pero estaba loco... acababa de tener con su madre una violenta escena y no era dueño de mí. Roberto entró y al ver a su madre llorando me faltó al respeto, me insultó duramente Bajando la voz. creyendo que insultaba a su padre. ¿Y si, habiéndolo sido, no se lo hubiera tolerado, cómo sufrirlo no siéndolo? Sentí una oleada de sangre y grité... ¡quince años de silencio perdidos con aquél grito! Mi obra de quince años desbaratada en un segundo!

MARQ. Aparte. ¡Cuánto le ama!

LEBO. No, no es posible que se marche; no es posible que no comprenda mi pesar... mi remordimiento. ¿Qué haría yo?.. Dígale usted que confieso que he procedido mal... que me perdone... que he sido mártir por él... no sé... no sé... dígale usted cuanto quiera. Que por mi hija y por él, por los dos, callé el secreto que hoy nos abruma. ¿Y voy a perder el fruto de mis afanes? ¿será justo que lo pierda? No; me perdonará; ese es su deber; si él supiera lo que pasa por mí... si él lo pudiera saber. Llora en silencio. Roberto

aparece en la primera derecha seguido de Marta que le sujeta impidiéndole marcharse.

ESCENA VIII

Dichos, ROBERTO y MARTA

MART. Bajo a Roberto, con cariñosa insistencia. No te vayas. Escúchale.

ROB. No.

MART. Sí.

El Marqués hace seña a Roberto de que se aproxime; éste lo hace y queda en el chaflán, sentado en el sofá, en el mirador y por lo tanto a espaldas de Lebonnard que está sentado en la butaca de frente al público, Marta hace mutis por el foro. Lebonnard se cree solo con el Marqués.

ESCENA IX

Dichos, menos MARTA

LEBO. Si él comprendiese cómo se fué haciendo lugar en mi corazón, cómo nació el cariño que le tengo. ¡Oh! es bien sencillo. Al mismo tiempo que, por una carta extraviada supe mi deshonra, que no era mi hijo, supe también la muerte del que me arrebataba el consuelo de vengarme Movimiento de Roberto. ¡Rabia, desesperación, celos, todo lo experimenté... Juana tenía entonces diez años, Roberto apenas cinco; ambos eran el encanto de mi vida. Hace falta ser padre para comprender lo que son esos pedazos de nuestra alma. ¡Y aquel hijo adorado era de otro! ¡Cómo no perdí la razón fué milagro! ¡Aquella mujer, mi esposa, la que llevaba mi nombre, se había entregado a otro, había tenido un amante y yo había recibido en mis brazos al venir al mundo al hijo de su... ¡ah!

Roberto hace un movimiento. El Marqués le impone silencio, con la mirada. Ciego corrí hacia él, le cogí y le grité: ¿Con qué derecho vienes tú, tú a robar a mi hija la mitad de lo que la pertenece... tú, hijo de na-

die, sin familia... sin nombre ¡bastardo! pero el niño me miraba con sus ojazos tranquilos... me sonreía sin entenderme y me besaba llamándome con su dulce vocecita ¡papá! ¡papá! ¿Qué me había hecho él? ¿Qué culpa era la suya? Me tendía sus bracitos buscando amparo ¡hacía cinco años que le adoraba! ¿cómo arrancarme de pronto las raíces de aquel amor?

MARQ. Aparte. ¡Pobre hombre!

LEBO. Intenté curarme, extinguir la pasión, pero fué inútil empeño. Me ligaban a él nuevos lazos, los de mi desgracia; le amaba aún más, y en el refugio de su cariño encontré el lenitivo de mis penas. ¿Las madres adoran a sus hijos porque ellos han desgarrado sus entrañas? Pues bien, éste desgarró en pedazos el alma mía y... por eso le quiero y... soy su padre!

A esta explosión de Lebonnard, Roberto se arrodilla y le besa la mano conmovido. Lebonnard se sorprende, le mira y lanzando un grito de alegría le abraza y le besa apasionadamente.

¡El! ¡Ah!.. ¡Mi hijo! ¡mi hijo!..¡ Mi Roberto! No te marchas, ¿verdad?.. ¿No me abandonas? Olvídalo todo... Díme que te quedas.

ROB. Imposible. Pero he visto el fondo de su alma... y la mía es otra.

LEBO. Quédate; si no por mí, por tu madre... y por tu hermana.

ROB. No. Comprenda usted, señor, que...

LEBO. Dolorido. ¡Usted!.. ¡Señor! ¿Qué términos son esos?.. Levantando la voz.

MARQ. Al ver entrar a Juana. ¡ Silencio! ¡Juana!

ESCENA X

Dichos y JUANA

LEBO. Bajo a Roberto. Que no descubra... Nada sabe!

JUA. ¿Qué decíais?

LEBO. Confuso Nada... no, nada.

JUA. Me pareció oirte «¡Qué términos son esos!..» ¿Estábais regañando?

LEBO. No. Es que me llamó de usted y señor ceremoniosamente. Transición.

JUA. En tono de dulce reproche. ¡Roberto!

LEBO. Pero no volverá a decirlo, ¿verdad?

JUA. ¡No, Roberto! ¡no!

LEBO. A Juana Enséñale tú cómo me debe llamar.

JUA. Con ternura acariciando a Lebonnard. ¡Cómo ha de ser! ¡¡Padre mío!!

ROB. Besando las manos de Lebonnard. Sí, ¡padre mío!

LEBO. Bajo a Roberto. ¿Te irás?

ROB. Vencido por su propia emoción. ¡No!

LEBO. ¡Al fin! Levantándose. Al Marqués. Ya estoy contento. Pausa. Transición. Ahora vais los dos a ver a vuestra madre. Así, juntos. Y tú, Roberto, le dices: «Papá nos ama como antes... más que antes... No tienes que añadir más; viéndoos tan sólo, comprenderá lo que eso quiere decir.

Los conduce hasta la puerta. Juana y Roberto vánse por primera izquierda.

ESCENA XI

LEBONNARD y EL MARQUES.

LEBO. Volviendo, y muy satisfecho Es justo que ella lo sepa. A pesar de todo... ¡Es la madre! Pausa.

MARQ. Mirando a Lebonnard con admiración. Y... ¿con quién vivirá?

LEBO. ¿Con quién ha de vivir? Conmigo... todo vuelve a su ser. Yo seguiré siendo lo que era... débil y viejo... cada vez más viejo. Hay que saber morir. ¡Pobre mujer!

MARQ. ¡Ah, mi querido señor Lebonnard! Tiene usted un alma hermosa.

LEBO. Emocionado. ¡Ah, señor!.. señor Marqués... señor Marqués!

MARQ. Mi hija y yo nos declaramos vencidos, conquistados. La bondad de usted triunfa... ella lo ha hecho todo.

LEBO. Señor Marqués... Usted es de los nobles de verdadero cuño... lo es usted y merece serlo.

MARQ. Gracias, amigo Lebonnard... Dejo a usted... Voy en busca de Blanca... Váse foro izquierda.

LEBO. Pausa larga. Al quedarse solo, se seca las lágrimas. Su fisonomía cambia, como si una nueva vida comenzase para él. Saca su blusa, se la pone sonriendo, se sienta a su mesita de trabajo y dispone sus herramientas.

¡Todo vuelve a empezar! ¡Que le vamos a hacer!

TELON LENTO.

HERNANDEZ Y GARCIA.- Pelayo, 56 dup. - MADRID